

NOSOTROS

SEMANARIO POLITICO DE 'HISTORIA NUEVA'



Año I

Madrid, 1 de mayo de 1930

Núm. 1

PRIMERAS PALABRAS

FORMA Y CONTENIDO

Estas primeras palabras nuestras se producen en un momento de profunda agitación de la conciencia nacional. Desde el instante de la caída de la Dictadura, el pueblo, con más agudeza que la generalidad de los políticos, se ha dado cuenta, por la luz de su certera intuición, de la gravedad de la hora. España ha entrado en un período de crisis histórica. Este período no se abre con el advenimiento ni con la cancelación del general Primo de Rivera. Es, a nuestro juicio, un período más largo, con antecedentes más enraizados en la historia nacional de las últimas décadas y acaso de los últimos siglos.

Pero ni NOSOTROS, ni el pueblo, ni nadie con un poco de sensatez quiere eludir la emergencia actual con disertaciones sobre el origen y las causas de ella. La crisis está planteada. Todos, tanto los de un lado como los de otro, la percibimos en su vasta intensidad. Ahora no es ya ocasión de seguir analizándola, y mucho menos con el bizantinismo en el cual está refugiándose la mayoría de los obligados a opinar. Lo preciso ahora es ir directamente al porvenir, cada uno por su lado, consciente cada uno de su responsabilidad y todos perfectamente responsables de sus actitudes. Esto, definirse, como reclama el hombre de la calle, con un misterioso presentimiento de la eficacia de la definición, es lo preciso en nuestros días.

Si el pueblo está conformándose dentro de varias estructuras partidistas—en cierto modo espontáneamente—, lo urgente es trazar la estructura en la que cada cual deba incluirse. Es decir, trazar las definiciones políticas del tablero nacional.

La República.

NOSOTROS nace con el signo de las izquierdas. Quiere recoger en sus páginas el latido de la nueva democracia hispánica. No puede, por tanto, eludir su partidismo sobre la forma de organización política. NOSOTROS es un periódico republicano. Este punto ha de quedar claramente establecido desde nuestras primeras líneas.

Pero nuestro republicanismo no se deriva de consideraciones subjetivas, sino de una apreciación objetiva de las realidades españolas. La política es, en gran parte, una imposición de los hechos. La futura España está fraguándose con un ansia de destacar y perfilar las distintas personalidades del conglomerado hispánico. Esto no

lo hemos inventado nosotros ni lo ha inventado nadie. Es un fenómeno espontáneo de la vida. Cataluña, Vasconía, Castilla, Aragón, Valencia sienten un fuerte anhelo de recobrar su autonomía, su personalidad, su particular manera de vivir dentro del conjunto español. NOSOTROS no puede sino atemperarse a este anhelo y secundarlo entusiastamente en todo cuanto él represente mejoramiento democrático de la existencia colectiva; no así, claro está, si él incluye un propósito regresivo, como ocurre en cierto sector del nacionalismo vasco.

Una estructuración política congruente con el anhelo unánime de las nacionalidades españolas sólo puede ser republicana. La Gran República de las Españas libres. El mecanismo de la República es el único capaz de mover sin rozamientos la vida multiforme de aquellas nacionalidades.

Además, Hispanoamérica. El porvenir cierto de la personalidad hispánica, hasta donde ese porvenir y esta personalidad se concretan en los pue-

blos hispánicos de América, es el de una gran civilización republicana. NOSOTROS atiende ahora a la conveniencia de engranar ahora, con un sentido y una finalidad severamente políticas y nada más sino políticas, porque no puede ser otra cosa la existencia de España con la existencia de Hispanoamérica. Engranarlas en la gran Trans-república espiritual de los pueblos hispánicos.

Pan y tierra.

Mas todo esto no implica la finalidad única de nuestra aspiración republicana. La República como fin exclusivo no puede satisfacer el anhelo de un espíritu anhelante, sobre todo, de la justicia y bienestar sociales. Con República pueden morirse de hambre tantos hombres como sin ella.

NOSOTROS propende a vincular la aspiración republicana a la aspiración más honda de nuestro drama social. Todo movimiento político es, en su esencia, un movimiento de intereses clasistas: la liberación de una o varias clases de la sociedad. Si para la inteligencia la República debe significar la conquista de las libertades universales del espíritu; si para Cataluña, por ejemplo, la República debe significar autonomía, para los labradores y campesinos de Castilla y

Andalucía debe ser el instrumento de la posesión de la tierra y para los trabajadores de todas clases el mecanismo de su redención económica.

NOSOTROS quiere una República con libertad y pan; con justicia y tierras. Porque, en último análisis, sin pan no hay libertad y sin tierras tampoco hay justicia. Los hombres—hombres y mujeres—adscritos a la fe republicana deben estar seguros de que la República contiene su redención total. Pero sin mesianismos, y, de consuno, sin el fariseísmo de una lenta y cómoda evolución a lo largo de los siglos. No se trata de repartir a las muchedumbres españolas los reumáticos tesoros del Banco de España, sino de incrementar con una norma de justicia las incipientes riquezas nacionales. Crear riquezas para todos. Para todo el que trabaje y aporte al acervo del bienestar común el óbolo de su esfuerzo. Por esto, la primera justicia es darle la tierra—la única riqueza concedida espontáneamente al hombre—a quien la trabaja. Otra primera justicia es darle a quien trabaja lo suficiente para vivir.

Aquí no podemos—no es sitio ni ocasión—detallar un programa económico. Basta con definir sus lineamientos fundamentales. En el transcurso de nuestras apariciones semanales iremos precisándolo en casos concretos.

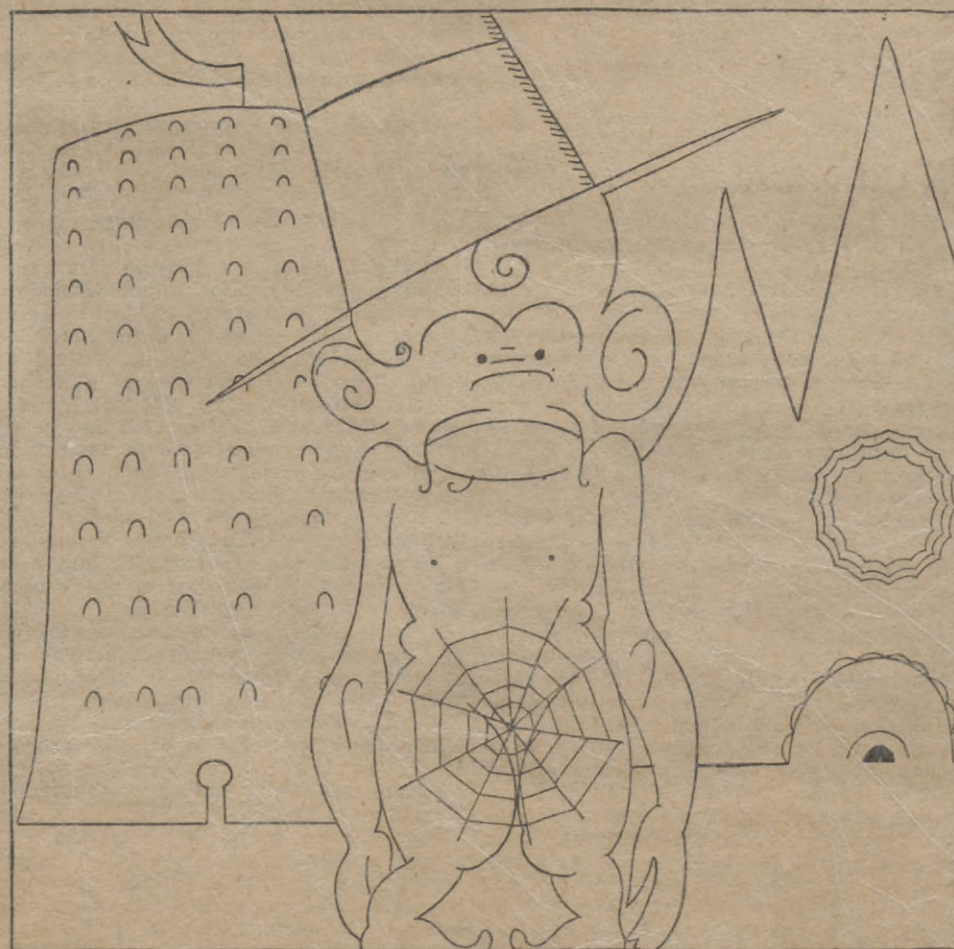
Y la gran España.

Nuestra ocupación está entregada, después de a nuestros problemas internos, a la gran España, a la expresión española en el mundo. Esta es consecuencia de lo primero. Sólo una España empuñada por la política tradicional puede haber soportado y soportar la ominosa intervención en su territorio de un poder extranjero. Nos referimos concretamente a Gibraltar. Nos referimos también a las brutales expansiones del imperialismo angloamericano.

Una de las mayores responsabilidades de la dictadura de Primo de Rivera es haber colaborado estúpida, aunque no desinteresadamente, a la absorción imperialista. El arreglo del fraude de la Compañía de Ríotinto bastaría para llenar de oprobio a aquellos hombres, si el tal arreglo no hubiera sido una de las numerosas humillaciones y claudicaciones del régimen. Gibraltar, Tánger, Ginebra, el silencio ante la matanza en Nicaragua son otras tantas acusaciones a la dictadura.

Nuestro deber—el deber de la nueva democracia—es formular tales acusaciones y reivindicar enérgicamente los derechos de España.

REPITIENDO UNA CARICATURA DE LA REVISTA "ESPAÑA", POR BAGARIA



—Todo está igual, parece que fué ayer...

Precio: 30 céntimos.

CONTRA LEGUIA

Las agencias telegráficas han difundido estos días en el mundo, con un gran lujo de detalles, la noticia de un nuevo complot contra el empedernido presidente del Perú, señor Leguía. Este es el vigésimo o trigésimo complot frustrado por la habilidad y diligencia de una policía que no es muy diligente en la captura de estafadores y rateros—función oficial en la República—, pero que mira bajo el agua cuando unos cuantos se conchaban contra el imperecedero presidente.

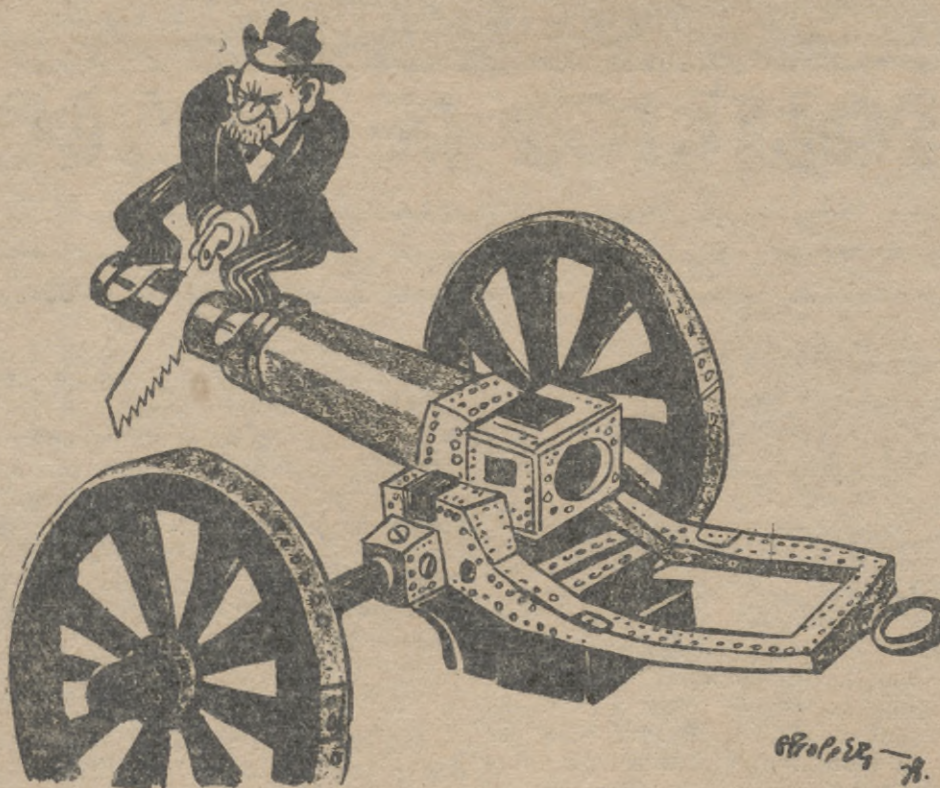
Estos cuantos son siempre, por repetida casualidad, personas de cierta figuración política, ex amigos del presidente y, generalmente, diputados y senadores a quienes es necesario sorprender *in fraganti* para levantarles la inmunidad parlamentaria y arrojarlos del país. Otra coincidencia notable e invariablemente repetida es la falta de dinero para atender los servicios de la enorme deuda nacional y el pago de los funcionarios oficiales con aquellos complots. Cuando las cajas fiscales están vacías no falta quien conspire o atente contra la vida del presidente. La policía descubre entonces el complot, se hace una activa campaña de agitación en favor del Gobierno, no se paga a nadie y se destierra a los ex secuaces disgustados. La astucia suramericana es tan fecunda como las ratas.

EN LA INDIA

Cada día se encrespa más la lucha de los nacionalistas indios contra la dominación británica. La desobediencia pasiva se ha convertido en seguida en una contienda encarnizada. Ya se han contado varias colisiones sangrientas y unos cuantos muertos.

Gandhi continúa en libertad, pero casi todos sus tenientes y colaboradores han sido presos, con un pretexto u otro, y el movimiento ha perdido ya la mayor parte de sus con-

tensidad de la represión. Pero los gobernantes ingleses y su clientela saben muy bien cuántos cientos de hombres importantes están hoy en las cárceles de la India.



El desarme.

ductores. La táctica de Inglaterra es la misma de siempre: darle a su actitud una apariencia liberal, mientras ejerce de hecho una represión sin piedad. El Gobierno laborista está demostrando extraordinaria maestría en el procedimiento.

En este caso, la libertad de Gandhi cubre las apariencias. Las miradas del mundo, fijadas en el "leader" del movimiento, pierden de vista a sus tenientes y no advierten la in-

Sin embargo, la represión no puede poner fin al movimiento. La India se ha lanzado, al fin, a la conquista de su independencia, y las crueles habilidades del Gobierno británico no pueden sino encender más aún los ánimos y convertir la actitud mística del pueblo hindú en una violenta acción revolucionaria. Y acaso esto sea inevitable, porque todavía ningún pueblo ha ganado su libertad de otro modo.

PARA LA BOLSA

El Gobierno francés, o, mejor dicho, aunque sea lo mismo, los banqueros franceses, continúan en su empeño de convertir París en un gran centro financiero. La primera consecuencia efectiva del propósito ha sido la rebaja, acordada el día 26 en la Cámara, de mil millones de francos en las contribuciones. La rebaja en los impuestos al capital pretende estimular la contratación del dinero. Es decir: estimular los negocios en la Bolsa de París. Esta es, por lo menos, la opinión del ministro de Finanzas, M. Reynaud.

Ahora falta ver si es posible conseguirlo. El mercado financiero de París ha sido siempre pobre y subordinado a la City de Londres—ahora, como todo el mundo, a Wall Street—. Convertirlo de pronto en un centro de contratación en gran escala puede ser un buen propósito de los financieros de París; pero no es muy fácil de realizar. Mucho menos diez años después de la guerra, cuando Francia, a pesar de su prosperidad industrial, sufre todavía los quebrantos económicos de la lucha.

José Carlos Mariátegui

Con mucho dolor registramos aquí la noticia de la muerte de José Carlos Mariátegui, uno de los espíritus más generosos y una de las más brillantes inteligencias de Hispanoamérica.

Estas líneas no son sino el dato de nuestro sentimiento. Ahora, por imposibilidad involuntaria, no podemos decir más. Pero la significación de la pérdida de una personalidad como la de Mariátegui no puede caber en estas líneas. En nuestro próximo número hablaremos de ella con la amplitud debida.

LA DIPLOMACIA DEL DOLLAR

Morrow, embajador de Morgan y Rockefeller

por

RUBÉN ORCILLO

La diplomacia del dólar se inicia cuando el departamento de Estado modifica su política, en el sentido de otorgar una franca y amplia protección a las actividades económicas de los capitalistas yanquis en el extranjero, consecuencia inexorable de las relaciones entre las inversiones económicas y la política exterior.

La nueva política iba dirigida principalmente en contra de la América española, formada por países "inexplotados". La penuria de sus gobiernos facilitaba las inversiones; pero, al mismo tiempo, su inestabilidad política ofrecía pocas garantías a los capitalistas, que no estimando suficientemente garantizados sus intereses, procuraron asegurarse el apoyo diplomático y militar del Gobierno de la Unión. Fué la primera gran victoria del capitalismo sobre el Estado. Ahora asistimos a la segunda fase de ese proceso. Los representantes en el extranjero ya no serán aquellos diplomáticos que reúnan más o menos las condiciones que estimaba como indispensables el Príncipe de Talleyrand para desempeñar tan difícil papel, sino "los hombres de negocios", cuya misión principal es defender los intereses del grupo que representan y no el prestigio del país que les envía. Tal ocurre con el actual embajador de Estados Unidos en México, Mr. Morrow, que no es sino un agente comercial de Morgan y de Rockefeller.

La gestión de Morrow.

Ha sido Morrow quien ha resuelto las dificultades existentes entre México y el Gobierno de los Estados Unidos, gestión en la que fracasaron todos los enviados que le precedieron. El éxito se debe, según la prensa norteamericana, a las cualidades de gran diplomático que se han revelado en este improvisado embajador, delegado norteamericano a la Conferencia Naval de Londres.

Mas el éxito de Morrow tiene una fácil explicación. Las dificultades se originaban por dos motivos: el petróleo y el pago de la Deuda Exterior.

Fué en 1900 cuando Doheney y un grupo de capitalistas norteamericanos hicieron en México la primera inversión de capital en la industria del petróleo. En 1910 los campos petrolíferos de México constituían uno de los más ricos botines económicos del mundo; por su posesión se entabló una lucha a muerte entre el capitalismo yanqui, encabezado por Doheney y el capitalismo inglés, cuya cabeza visible era Lord Cowdray, amigo personal del Presidente Díaz, quien ejercía la prudente política de balancear los intereses extranjeros para evitar que cualquiera de ellos ejerciera una influencia predominante sobre los negocios mejicanos. Su octava reelección alarmó al Departamento de Estado, porque le hizo su-

poner que los intereses británicos en los campos petrolíferos mejicanos obtendrían una ventaja sobre los norteamericanos; de ahí la entrevista Díaz-Taft, en la cual se le indicó a Díaz que en igualdad de condiciones se diera la preferencia al capital americano sobre el europeo, y más particularmente sobre el inglés. Díaz contestó con una evasiva, planteándose entonces la "controversia mejicana", precipitada por la revolución de Madero, producida entre otros factores, por el choque de los intereses ingleses y norteamericanos.

Triunfo de los petroleros ingleses.

El triunfo de Madero pareció asegurar el predominio norteamericano, por considerarse amigo de los Estados Unidos. Dos años duró en el Gobierno, siendo derrocado y asesinado en febrero de 1913, por Félix Díaz, sobrino del ex Presidente, y Victoriano Huerta, comandante en jefe del ejército; era la vuelta a la política de Díaz, los petroleros ingleses directamente interesados en el cambio de política, encabezados por Lord Cowdray, suscribieron el 3 por 100 del empréstito lanzado por Victoriano Huerta. Era la respuesta que daban los ingleses a los yanquis. Lord Cowdray declaraba ser México "un rico botín por el que estaban luchando ingleses y americanos".

A cambio de su ayuda, Huerta otorgaba nuevas concesiones petroleras al Gobierno británico. Esto dió motivo a un cambio de notas entre el Presidente Wilson y Lord Grey. Por esos días declaraba el "London Mail" que el petróleo americano colocó a Madero como presidente, pero que los intereses petroleros británicos sostendrían a Huerta en el Poder.

Esta política de franca protección a los intereses británicos determinó al Presidente Wilson a eliminar a Huerta del Gobierno; mas para eso era necesario que Inglaterra lo abandonara, lo que se logró suprimiendo para los navios ingleses los derechos del Canal de Panamá, a cambio de

que Inglaterra dejara a los Estados Unidos manos libres en México. A partir de este momento los días de Huerta en el Poder estuvieron contados; su caída fué precipitada con la ocupación de Veracruz, ordenada por Wilson para impedir que el vapor alemán "Ipiranga" desembarcara un cargamento de municiones destinadas al Gobierno de Huerta, acción que costó la vida a doscientos mejicanos, la mayoría niños y mujeres.

El artículo 27.

La revolución triunfante se encontró ante una gravísima situación internacional; el capitalismo yanqui, aprovechándose de la guerra europea, consolidaba día a día sus posiciones en México, haciendo que pasaran a su poder todas las concesiones otorgadas a los europeos—petróleos, minas, ferrocarriles, bosques, todo queda en sus manos—. Por esos días se reunía en Querétaro el Congreso Constituyente de 1917, para promulgar la nueva Constitución política de México, uno de cuyos artículos—el 27—se formula para salvar la soberanía del país, amenazada por los desmanes del capitalismo. En ese artículo se declaró que "la propiedad de las tierras y aguas comprendidas dentro de los límites del territorio nacional corresponden originariamente a la Nación", a la que pertenecen también "el dominio directo de todos los minerales o sustancias que, en vetas, mantos, masas y yacimientos, constituyen depósitos cuya naturaleza sea distinta de los componentes de los terrenos".

Este principio jurídico derivado de la doctrina del derecho del "dominio eminente", y que es ya un lugar común en las leyes de la mayoría de las naciones modernas, provocó las protestas del Departamento de Estado, dirigiendo el entonces secretario Lansing la primera nota, cuando aún se estaba discutiendo dicho artículo, nota en la que se hacía notar su carácter confiscatorio, urgiendo la necesidad de que se modificara. Mas, a pesar de Lansing, el artículo se apro-

LAS CONFERENCIAS DEL ATENEO

ENTREVISTA CON PRIETO

La inusitada expectación producida antes de la conferencia de Indalecio Prieto sobre "El momento político", tuvo plena justificación en su discurso del Ateneo de Madrid. Conocido es ya por la Prensa el éxito enorme de concurrencia y de asentimiento del público del Ateneo, con muy contados reparos y sólo en lo referente al matiz ideológico que entraña su posición.

La primera parte de su discurso fué un enjuiciamiento ante el derecho político y ante el derecho penal.

La segunda parte fué un llamamiento a todas las fuerzas políticas que deben aunarse para la obra previa común, y un emplazamiento a las personalidades políticas cuya incógnita urge despejar.

Aunque es verdad que la figura política de Prieto y su posición eran bien conocidas y no tenían que definirse en este acto, ha colocado todo su vigor y prestigio, al situarse en el actual momento político, con una clara visión realista que señala a cada uno su puesto y su deber.

Todos los sectores netamente liberales se han sentido definidos y compenetrados con su discurso y han unido sus aplausos. Algunos socialistas manifestaban cierto descontento juzgando la de Prieto como una magnífica posición de "leader" liberal, pero no socialista. Sin embargo, *El Socialista*, en nombre del partido, ha hecho suya la doctrina de Prieto. Ahora falta llevarla a sus últimas consecuencias políticas.

Hablando con Prieto.

Hemos creído de interés cambiar unas palabras con él, a pesar de que las líneas generales de su pensamiento sobre el actual momento político

están claramente trazadas, y por otro lado, en lo referente a la actitud de su partido y a las particularidades de su actuación, comprendemos muy bien su temor a que sus palabras no sean fielmente interpretadas y no es tampoco propósito nuestro producir o ahondar diferencias, si las hubiera.

—¿Cree usted que su partido, o algún sector de él, considera la situación política por que atraviesa el país como un pleito interior de la burguesía, o como un pleito nacional ante el que nadie puede inhibirse?

La pregunta es un poco larga. Me veo forzado a reconocerlo.

—Claro que no se trata de reformar la propiedad ni de establecer ningún postulado socialista. Mientras exista el régimen burgués, todos los problemas que se presenten tendrán carácter burgués. Pero el partido socialista es liberal y democrático, y, por otro lado, no puede tampoco desentenderse de ningún problema que se plantee. En esto estamos de acuerdo todos, y si hemos tenido alguna vez discrepancias habrá sido en lo concerniente a la táctica, al momento, a la oportunidad.

—Bien. Y en cuanto a la concentración de fuerzas antimonárquicas, ¿cómo la ve usted? En cuanto a su extensión, ¿qué límites tiene, por la derecha y por la izquierda?

—Ya lo dije bien claramente: hay un mojón que separa a todas las fuerzas políticas en dos campos. Nada de confusionismos, aunque estén envueltos en conceptos de liberalismo. Siendo tan clara la separación, es también muy clara la unión.

—O sea, que deben unirse todos los que se manifiesten claramente republicanos...

—O antidinásticos.

bó, y en febrero de 1918 el Presidente Carranza, apoyándose en él, daba el primer decreto, imponiendo una contribución sobre el petróleo. El Departamento de Estado formuló entonces una solemne y formal protesta del Gobierno de los Estados Unidos contra la violación o infracción de los derechos de propiedad legítimamente adquiridos por americanos, que la observación de dicho decreto implicaba. A esta nota siguieron otras muchas, hasta que en agosto de ese año el secretario Lansing pidió a Carranza que suspendiera todos los efectos de dicho artículo, con objeto de que el Gobierno americano pudiera examinarlo con todo cuidado y considerara sus estipulaciones, fines y resultados en cuanto afectaba los derechos y propiedades de ciudadanos americanos. A esta comunicación contestó Carranza que no podía retardarse más la ejecución de los decretos. Llamaba también la atención del Departamento de Estado, haciéndole notar que aquel decreto era parte de la legislación fiscal del Gobierno mejicano, y que, como tal, no estaba legalmente sujeto a representación diplomática, sino que "era la simple aplicación del principio de igualdad entre las naciones, que muy frecuentemente olvidan los Gobiernos fuertes en sus relaciones con las naciones débiles".

A esta nota siguió una declaración del Presidente Carranza en el Congreso el 1 de septiembre de 1919, en la que decía "que, desgraciadamente, el Gobierno mejicano ha recibido más o menos vehementes indicaciones del Gobierno de los Estados Unidos, cuando se ha procurado efectuar reformas que pudieran perjudicar a ciudadanos americanos. Estas sugerencias deliberadamente destruyen nuestra libertad de legislar y nullifican los derechos que tenemos al progreso, de acuerdo con nuestras ideas".

La contrarrevolución petrolera.

Viendo los petroleros que el Gobierno no cedía, optaron por otro procedimiento: hicieron la contrarrevolución en los campos

petroleros, sosteniendo al general Peláez, que tenía una fuerza organizada numerosa y a quien pagaban doscientos mil dólares al mes para que cuidara de sus intereses y a quien deseaban ver de Presidente, puesto "que era su amigo". A las protestas de Méjico, que temía fuera a ocurrir lo mismo que en Texas y Panamá, contestó la Asociación de Productores de Petróleo que las tropas de Peláez estaban operando en los campos de petróleo "solamente por la razón de que el Gobierno trataba de confiscar sus propiedades petroleras". Todo esto se hacía con el consentimiento y consejo del Departamento de Estado.

Por ese tiempo llegaba Carranza al fin de su periodo presidencial, cometiendo la torpeza de ponerse en la lucha electoral frente al general Obregón, candidato del ejército, y a quien los capitalistas esperaban fácilmente manejar. El triunfo de la revolución fué rapidísimo. Carranza murió a manos de un grupo de bandidos a sueldo de los petroleros y capitaneados por un tal Fierro.

Obregón, Presidente, empezó por acabar con Peláez, abandonado por sus amigos los petroleros, que esperaban fuera derogado por el nuevo Gobierno el tan traído y llevado artículo 27.

El Gobierno Obregón.

Los comienzos del Gobierno del general Obregón fueron extremadamente difíciles. La muerte de Carranza—con la que él no contaba—fué un grave quebranto moral que restó prestigio a su Gobierno. A las dificultades interiores, que eran muy grandes—el problema agrario, el religioso, el obrero—se agregaban las dificultades de la política exterior: las presiones de los petroleros, la protesta del Comité Internacional de Banqueros por la supresión del pago de la Deuda Exterior y la serie de notas de los Gobiernos extranjeros pidiendo el pago por los daños y perjuicios causados a sus nacionales por la revolución. Mas Obregón, que tenía sobre Carranza la ventaja de con-

—¿Actuación de esas fuerzas?

—El sólo hecho de su existencia, por su extensión y su importancia, podría tal vez lograr la desaparición voluntaria del obstáculo.

Prieto no cree en las elecciones.

—Y si a pesar de eso no se logra...

—El camino es claro; no hay más que uno.

—Comprendido. Desde luego, no es el de las elecciones. ¿Qué me dice de esto?

—No creo en ellas. Se irán alejando indefinidamente, con mil pretextos, la política del sedante, hasta que todo se vaya calmando y olvidando. En todo caso, no me interesan.

—¿Responsabilidades?

—Responsabilidades, sí, pero las verdaderas responsabilidades no pueden ser exigidas parlamentariamente.

Sobre don Melquiades.

—Ya se ha despejado una de las incógnitas de que usted trató en su conferencia—le decimos, refiriéndonos al discurso de don Melquiades—. ¿Cambia en algo la situación política por la posición del partido Reformista?

—En nada, porque el partido reformista ha quedado deshecho.

—¿Quiere usted darme su impresión sobre el discurso de don Melquiades?

—No tiene interés para usted, porque su revista sale el primero de

En la historia de la Dictadura de Primo de Rivera, los escritos en el Extranjero de Don Miguel de Unamuno son los documentos más importantes. Durante los seis años dictatoriales, Unamuno ha estremecido al mundo, y particularmente los pueblos de nuestra raza, con sus clamores apostólicos. Sus imprecaciones contra el Dictador y sus secaces han constituido la acusación más constante y, sin duda, la más perdurable. Es imposible estudiar este periodo de la Historia de España sin recoger el espíritu encendido, implacable, bíblico de aquellos documentos panfletarios que han sido el anverso de la alegre charlatanería de las notas oficiales. NOSOTROS publicará los más notables de ellos, tomándolos de cualquiera de los numerosos periódicos de América en los cuales se han publicado.

VISADO POR LA CENSURA

tar con la mayoría del Ejército, logró dominar la situación interior, sometiendo a los generales que no le eran adictos del todo con cañonazos de cincuenta mil pesos, proyectiles de una acción fulminante, insospechada, que nada ni nadie podía resistir, según decía el general Obregón a sus amigos.

Los capitalistas se sintieron pronto defraudados. El general Obregón no era tan fácil de manejar; seguía sosteniendo el artículo 27, razón poderosa para que el Departamento de Estado le negara el reconocimiento, por ser su Gobierno emanado de una revolución. Así las cosas, en el año 21 el Gobierno mejicano resuelve hacer frente a la Deuda Exterior, y para arbitrase fondos, el Presidente Obregón da un decreto gravando la exportación del petróleo. La solución era admirable: con el dinero de los petróleos se iban a pagar los bonos de la Deuda en poder del Comité Internacional de Banqueros; mas el asunto no fué tan fácil como el Gobierno se lo había imaginado; el decreto fué tildado de confiscatorio por el Departamento de Estado, y nuevamente vino un aluvión de notas y protestas. Como nada se arreglaba, resolvieron al fin los petroleros tomar el asunto en sus propias manos, y contra la opinión de Hughes, entonces ministro de Estado, marchó a Méjico un Comité compuesto por Teagle, Doheney, Sinclair, Van Duke y Beatty, presidentes de las cinco grandes compañías de petróleo de Norteamérica. Se inician las negociaciones, el Gobierno cede en algunos puntos, los petroleros adoptan un tono conciliador, y al fin se firma un acuerdo. Dos días después la Suprema Corte de Justicia de Méjico da un fallo, quebrantando la jurisprudencia seguida en materia de petróleo.

El Comité de Banqueros.

Entonces apareció en escena el Comité de banqueros. El arreglo lesionaba sus intereses, ya que una de las cláusulas era el pago de parte del impuesto con bonos de la Deuda mejicana adquiridos en el mercado, abierto a las cotizaciones en vi-

mayo, y para esa fecha ya no se acuerda nadie del discurso de Melquiades Alvarez.

Aceleramos la marcha hacia las últimas preguntas.

—¿Quiere usted ampliar o aclarar algún punto de los tratados en su conferencia del Ateneo?

—No hace falta, porque precisamente no puede ser más claro y terminante en todos los puntos que traté.

—Entonces, por último, ¿quiere usted decirme algo de lo que se dejara sin exponer?

—Hombre, siempre se queda algo sin decir, pero ya irá saliendo. Hoy tenía que haber dado otra conferencia, pero ha sido suspendida, y el sábado hablaré en "El Sitio", de Bilbao.

—¿Puede usted adelantarme algo de esa conferencia?

—No puedo adelantarle nada, porque yo nunca sé lo que voy a decir hasta diez minutos antes.

V. B.

NUESTRO SALUDO

Tendemos cordialmente las manos a nuestros colegas. A todos ellos. Nos damos cuenta de que no podemos ser amigos de todos. Pero de cuantos podamos ser amigos, queremos serlo con verdadera cordialidad.

gor; bonos que el Gobierno recibiría por su valor nominal. Así, aunque el impuesto se reducía en esa forma en un 40 por 100, representado por la depreciación de los bonos, dejaba al Gobierno, en cambio, el beneficio de los intereses no pagados sobre los cupones sin desprender.

La casa Morgan, directamente interesada en los bonos mejicanos, designa a Thomas W. Lamont para que vaya a Méjico y haga ver a su Gobierno que el arreglo con los petroleros no era "moral". Así se vió de nuevo Méjico envuelto en una terrible lucha de capitales, en la que sólo intervenían intereses norteamericanos. El Departamento de Estado, que había ya reconocido al Gobierno, fué impotente para arreglar los intereses encontrados. Los embajadores se sucedían. Méjico, cogido entre dos fuerzas de igual categoría, no podía hacer nada; pero, una vez más, los hombres de negocios dieron pruebas de su gran sentido práctico, haciendo que fuera nombrado embajador en Méjico Mr. Morrow, gran conocedor de los problemas mejicanos e interesado por igual en el Comité de banqueros, por ser socio de Morgan, y en el grupo de petroleros, por sus vínculos con Rockefeller.

Morrow en acción.

Con amplios poderes se presentó Morrow en Méjico; el botín ya había sido repartido. A Méjico sólo le tocaba aceptar. Méjico protesta; el Departamento de Estado apoya a su embajador, amenazando Mr. Kellogg con una nueva guerra civil. Ante argumento tan contundente el Gobierno cede. Morrow ha ganado la batalla y se acredita como un gran diplomático. Los banqueros y los petroleros han demostrado que, tratándose de Méjico, no se puede resolver nada sin su consentimiento.

Méjico queda como un feudo de J. P. Morgan y de Rockefeller, quienes han cedido amablemente a su Gobierno un gran embajador: Mr. Morrow.

RUBEN ORCILLO

ESCENARIO POLITICO

DON MELQUIADES Y LA MONARQUIA

Todo el movimiento político de estos días está centrado en la actitud de don Melquiades Alvarez. Muchos se han sentido defraudados por las vacilaciones e incertidumbres del capataz de los reformistas y expresan su disgusto en alaridos. Otros, por el contrario, precisamente aquellos a quienes don Melquiades ha querido ganarse, se manifiestan silenciosamente contentos. Hasta el instante de escribir estas líneas, "A B C", el canchero de Palacio, no ha opinado sobre el discurso de la Comedia. Quien calla, otorga. En este caso, el crédito de silencio es a la segunda parte del discurso. Por nuestra parte, según lo vemos, el discurso de la comedia ha sido un triunfo de don Melquiades, desde su primera hasta su última frase. En la primera parte—seguiremos la división unánimemente aceptada—don Melquiades ha enseñado las uñas, para mejor valorizar la segunda parte. Una astuta manera de hacerse temer, para ser llamado cuanto antes. Los incondicionales no tienen hoy, aparte de esa cosa ridícula llamada Bugallal y del energúmeno de Cierva, ningún hombre apto. El mismo Bergamín se hace demasiado sospechoso, si no por su tibieza incondicional, por otros motivos. Un hombre como don Melquiades, con tantas aptitudes de acusador, puede resolver el problema. Todo es cuestión de fórmula. Si las responsabilidades señaladas por don Melquiades pueden liquidarse, como él ha dicho, con una crítica, ya están liquidadas. O, cuando más, con otro discurso.

Con otro discurso, claro es, en la Asamblea Constituyente. Porque este es el punto de apoyo de la maniobra. La Asamblea Constituyente sería la bolsa de contratación. Don Melquiades podría esgrimir allí todas las habilidades y todas las amenazas de su oratoria e ir ganándose posiciones a Bugallal, a Romanones, etc. Volvería la política del viejo estilo y la divertida comedia terminaría con el ineludible cumplimiento de los altos deberes patrióticos. Los hombres de la otra orilla, de la orilla a la cual quiere pasar don Melquiades, tienen, naturalmente, sus habilidades propias y procurarían meterlo en el agua para hundirlo en la corriente. Pero don Melquiades hace sus cálculos de una manera distinta, y, en cierto modo, coincidente con los incondicionales. Si llega el momento de verdadero apuro, don Melquiades será el hombre. Don Melquiades con su oratoria y los incondicionales con su silencio, se preparan para tal momento de apuro.

El discurso desde otros puntos de vista.

Fuera de cuanto el discurso de la Comedia ha significado habilidad y acomodo, lo cual constituye el triunfo personal de don Melquiades—su toma de posiciones—con un criterio objetivo, el discurso nos ha parecido sobremediano mediocre y sin importancia. Desde su primera hasta su última parte. Aquí no incurriremos en la simpleza de sumarnos a los elogios a la llamada primera parte. Preferimos analizarlo de otro modo.

En primer lugar, el estilo. Aquí nos parece excesivamente ridículo ese es-

tilo de oratoria siglo XIX, con ahogos, cascadas verbales, gestos dantonianos. Estilo de Convención, lejos de la Convención. Un espíritu moderno no puede oír una disertación de este tipo sin darse cuenta enseguida de que se trata de una martingala. De una oratoria de bombo y platillo. El estilo oratorio de nuestra época es precisamente todo lo contrario. Porque un hombre actual encargado de la jefatura de un partido no puede levantarse ante una asamblea como la de la Comedia sino a definir serenamente, con agudeza, inteligencia y doctrina, sin gritos ni ademanes de capa y espada, las hondas preocupaciones de las colectividades. La política moderna tiene problemas demasiado profundos y demasiado graves para tratarlos a fuerza de garganta.

Al estilo oratorio de don Melquiades no podemos llamarle estilo parlamentario ni estilo plebiscitario. Para ser parlamentario le falta elegancia formal y densidad de pensamiento; para ser plebiscitario, le falta agresividad y fuerza emotiva. Estilo plebiscitario—admirable estilo plebiscitario—el del discurso de Indalecio Prieto en el Ateneo. Este sí ha sido un discurso modelo. El de don Melquiades, en la Comedia, puede tener tanto valor literario como una comedia de los Quintero o una novela de Palacio Valdés. Están en el mismo nivel de inferioridad artística. Por algo se ha producido en la Comedia.

La famosa primera parte.

Ahora, en cuanto a la sustancia de la disertación, tampoco nos adherimos a la llamada primera parte. Eso sólo ha sido una parte, y muy elemental, del estudio de la política española de los últimos años. Cuanto ha dicho don Melquiades en esta parte está bien. Pero este es sólo un aspecto. Faltan otros aspectos igualmente importantes. Don Melquiades se los ha callado, no tanto por olvido, cuanto por conveniencia. Porque en los otros aspectos del problema se incluye también su propia responsabilidad.

Don Melquiades ha actuado, a la cabeza de un partido, durante las últimas décadas, en la vida pública. Quien actúa tan preeminentemente en la vida pública, gobierna. No hace falta que ocupe un ministerio. Todo el mundo conoce los cubiletes en los pasillos del Congreso y sabe cuál es la participación de todos los jefes políticos en los actos del Gobierno. Don Melquiades, además, ha sido consultado frecuentemente por la Corona. ¿Cuáles han sido sus iniciativas, su acción parlamentaria, sus consejos en Palacio? ¿Cuáles han sido sus campañas en la calle, su acción democrática? ¿Cuáles han sido sus proyectos sobre problemas concretos del país? Ya conocemos la vieja balada de la libertad para todas las creencias y la libertad sindical. Pero esto no es sino una farsa. La libertad de creencias se la han ganado, hasta donde se la han ganado, que no es casi nada, los liberales del siglo pasado, en las calles, y la libertad sindical, hasta donde existe, se la han ganado los obreros también en la calle. Ni a los liberales ni a los obreros les hacen falta los mansos propósitos de don Melquiades. Lo que le hace falta al país

es saber cómo va a resolver este y el otro problema concreto un hombre tan cerca y con tantas ganas de gobernar.

La dictadura ha tenido, además de las causas señaladas por don Melquiades, otras en las que se incluye la responsabilidad de los reformistas. Porque los reformistas también han gobernado. Han sido ministros y han formado en la mayoría parlamentaria. Ahora mismo, el subsecretario de Instrucción es un reformista. Suponemos que estará aplicando en el Ministerio el programa de su partido. ¿Y cuál es este programa? ¿Cuál era el programa hacendario del reformismo cuando fué ministro el señor Pedregal? Todo esto, y eso de amenazar para que le llamen más pronto al servicio, es del mejor estilo de la política vieja.

Y la segunda parte.

Y basta de analizar la llamada primera parte. Y basta, porque aquí no creemos en la eficacia política de disertar astutamente sobre las causas del actual estado político. La investigación del estado actual del país es una labor histórica, coadyuvante de la política. Pero la política, la verdadera política, debe apoyarse en las afirmaciones de esta labor y señalar inmediatamente la ruta del porvenir. Ya no es hora de decir: éste o aquél tuvo la culpa. Cada cual sabe quién y quiénes tuvieron la culpa. Lo importante ahora es proponer soluciones, decir cada cual qué quiere y cómo se propone conseguirlo. Pero decirlo concreta y sintéticamente y ponerse en seguida a trabajar por ello. No es hora de cantar una romanza tendenciosa en la Comedia, sino de actuar con toda el alma en la calle.

¡Ah! Pero don Melquiades es un político de bufete. De asesorías jurídicas. Eso de esperar las Cortes constituyentes, contando ya con su encasillado y su cacicazgo, es lo más conveniente para no interrumpir el estudio de los negocios de las grandes Compañías. Cuando vengan las Cortes constituyentes, otorgadas por merced, su partido estará en los dos bandos. Será un partido de republicanos y monárquicos, de derecha e izquierda. Hasta donde llega nuestra escasa memoria, nunca se ha hecho una declaración política tan risible. Si en el reformismo hay monárquicos y republicanos, el reformismo no existe como partido político. No es sino un casino del amigo Melquiades.

Precisamente la revelación del carácter político de la clientela de su partido es lo que ha definido el discurso del señor Alvarez. Su partido es un partido de republicanos y monárquicos, de socialistas y capitalistas, de teos y ateos, de fanáticos y liberales, de negros y blancos. Total, una cómica incongruencia. Si no supiéramos con cuánta eficacia actúa don Melquiades en la tierra, diríamos que estaba en la luna. Pero este abigarrado y contradictorio conjunto del reformismo no es tan inocuo como parece a primera vista. Por lo menos, para don Melquiades.

Sólo que don Melquiades no se ha dado cuenta del estado político actual de España. Su feria reformista le servirá para esperar confiado las

Cortes constituyentes. Pero la caudalosa muchedumbre liberal y democrática de España no tiene la misma cachaza y los mismos intereses. Cuantos anhelan la redención total del pueblo español, sienten palpar en su alma las vehemencias, la angustia, la desesperación y el ansia de un instante de crisis. Ninguno de estos hombres, comprometidos ya con todas las fuerzas de su ser en la dura elaboración del porvenir de España, puede sentir ahora la más leve simpatía por el hablador de la Comedia. Ahora se quiere crear, y con ello cancelar. El domingo 27 de abril ha quedado definitivamente cancelado el desmirriado amasijo reformista.

Los emboscados de la Dictadura y nuestra lista negra

Censurar lo pasado por puro espíritu crítico, es una labor negativa. Censurar lo pasado para deducir enseñanzas para el futuro, es un acertado criterio político.

Entre los colaboradores que ha tenido la Dictadura hay que distinguir dos clases: los que han colaborado públicamente y los emboscados. Los primeros son conocidos de todos y la Prensa diaria repite con frecuencia sus nombres. Son a los emboscados a los que conviene señalar a la vindicta pública; son a los emboscados a los que hay que perseguir y descubrir sin descanso.

Desaparecido el régimen de Primo de Rivera, estos emboscados toman posiciones para participar nuevamente del botín del Poder. Están entrenados en ese juego consistente, como vulgarmente se dice, en encender una vela a Dios y otra al diablo. Tienen una magnífica habilidad para la adaptación a todas las situaciones políticas. A estos camaleones de la política hay que señalarlos a la vergüenza pública para que la gente los vaya conociendo.

Nosotros tenemos el propósito de confeccionar una lista negra de todos esos emboscados. La tarea es difícil, y por eso nos atrevemos a pedir la colaboración de nuestros lectores. A continuación publicamos sólo unos cuantos nombres. Como esta sección aparecerá en nuestros próximos números, esperamos de esa manera llegar a establecer una lista bastante completa. Aquellos de nuestros lectores que recuerden y conozcan más nombres, nos harán un señalado favor y se lo harán al país, contribuyendo a poner en la picota a esos aprovechados de la política.

ALGUNOS NOMBRES

Práxedes Zancada.
Tomás Elorrieta.
Baldomero Argente.
José Francos Rodríguez.
Pedro Sáinz Rodríguez.
Soto Reguera.
Fernando Gil Mariscal.
Eduardo Palacio Valdés.
Carlos Caamaño.
Gerardo Doval.

¿No hay que olvidar!

Los que durante la Dictadura nos sometieron al más oprobioso silencio, los que no nos permitieron defender ni siquiera nuestra honra, hablan ahora de nuestra intransigencia. Sus cómplices hablan de olvidar lo pasado y de pensar sólo en el porvenir.

Bien; que califiquen las cosas como quieran. Pero ningún español debe olvidar que hemos padecido la Dictadura durante

SEIS AÑOS
CUATRO MESES
Y
TRECE DIAS

Hay que recordar constantemente este periodo de tiempo, para que su recuerdo nos anime con más tesón a evitar nuevas dictaduras.

LIBROS

"México de cerca". R. de Belausteguigoitia.—Editorial Historia Nueva.—Cinco pesetas.—Madrid, 1930.

Mucho se ha escrito sobre Méjico; faltaba, no obstante, una obra que diera una información completa, desapasionada y verídica de la realidad mejicana; por fortuna, ese libro acaba de aparecer y es el de Belausteguigoitia: "México de cerca".

Belausteguigoitia, gran conocedor de la realidad mejicana, por haber vivido mucho tiempo en Méjico, recorriendo el país de Norte a Sur, viendo la serie de paisajes que se suceden: los valles del Norte, secos y amarillentos, donde parece caer un sol de plomo, sin otra vegetación que algún nopal y cercados por montañas de un color bronceado; El Bajío, el Méjico de los viñedos, "donde se formaron las primeras ciudades sobre la base de un suelo extremadamente fértil y bien regado y de una admirable situación, en donde España vació todo su ardor religioso de la conquista..." La cúpula de línea sensual y dominadora; el palacio, severo, sólido, potente; la plaza romántica; el jacal humilde; el jinete erecto, retador, de amplio sombrero; la llanura inmensa, donde trabaja lento el indio, tocado de claro, con su pareja de arcaicos bueyes, tan pausados como él, y, por último, la Tierra Caliente, el Sur, en "donde la vegetación despliega una exuberancia de líneas desbordantes..., árboles y arbustos de las más variadas especies, las enredaderas de grandes hojas se entretajan y forman lazadas, arcos y bóvedas magníficas" y las mujeres son de "color de oliva, muy esbeltas y de un aire sereno y majestuoso, y, en la noche estrellada, a lo lejos se oye la queja de alguna guitarra, y, sobre todo, "las palmeras ondulantes, que perfilan, envueltas en luz, su silueta de ensueño". Este paisaje, de tonos tan distintos, ha modelado el alma del pueblo mejicano, cuyo sentido más íntimo—dice Belausteguigoitia—es de un fondo indígena. "El español ha dado lo externo, la unidad, la organización, la religión cristiana... el Estado, que unifica la familia mejicana, y que, aun cuando la coloca bajo la servidumbre de una minoría, echa las bases de una nueva nacionalidad."

"La suavidad del trato, perfil redondo y sin aristas; el amor, la pasividad y serena sumisión de la mujer, rasgos todos ancestrales. La psicología de la muerte, fatalismo, calma estoica, sin gestos, persistente como entonces, sin culto como en otros tiempos, pero con todo su íntimo sentido de resignación. Entre la larga y silenciosa procesión de guerreros vencidos y de víctimas voluntarias, que van a ser sacrificados en los días brillantes de la coronación de Moctezuma, avanzando paso a paso al teocalli de los sacrificios, y la cadena de modernos prisioneros que, inmóviles y resignados, van a ser fusilados con calma y sin crueldad, existe una profunda analogía. Ha variado la teogonía; pero el sentido de la muerte sigue siendo el mismo."

Al juzgar el momento político, lo hace Belausteguigoitia con una gran imparcialidad. Gran conocedor de la historia, la sociología y la política mejicanas, y habiendo seguido de cerca la actuación de las principales figuras de la Revolución, ha podido formarse un concepto desapasionado y justo, que hace más estimable esta obra, a diferencia de otras cuyo tono diti-rámico en favor de determinados personajes nos hace sospechar la existencia de intereses bastardos.

El libro, de una gran amenidad creciente, tiene capítulos de un gran interés, como son: "Tierra y Libertad", "La cuestión religiosa", "Indianismo", "Hispanofobia e hispanismo", en los que se revela el autor como un escritor dotado de un fino y profundo sentido de observación.

R. O.

"Imán". Ramón J. Sender.—Editorial Cent. Madrid.—Cinco pesetas.

Un nuevo libro de guerra. Un nuevo alegato en contra de la barbarie de las pug-

nas bélicas. Bastaría esto para que el libro de Sender fuera bien acogido, no solamente por los espíritus liberales, sino por cuantos han sufrido directa o indirectamente las consecuencias de las crueldades guerreras.

"Imán" es la evocación de nuestra lucha en Marruecos. Episodios trágicos vividos por el autor, que—como él dice—podría firmarlos cualquiera de nuestros soldaditos supervivientes de la rota de Annual. Posesiones aisladas. Emboscadas enemigas. Marchas penosas. Carencia de lo más preciso. Hambre y sed agobiadores bajo el calcinador sol marroquí, que convierte a los hombres en muñecos mecánicos, que siguen caminando, vacíos de sí mismos, sobre los campos desolados. Muertos. Heridos abandonados en la loca carrera sin rumbo por salvar la vida.

Pero estos cuadros, impresionantes por sí propios, tienen el realce de estar trazados en un tono sobrio, justo y vigoroso, cuyo mérito literario coloca a Sender en la fila de nuestros mejores escritores actuales.

J. V.

"Die Dritte Eroberung Amerikas" (El tercer descubrimiento de América). Alfonso Goldschmidt.—Ernst Revolt Verlag. Berlín.

La fotografía de un mendigo norteamericano, con un pie que dice: "American Prosperity", inicia el libro del famoso economista alemán. Goldschmidt hace en esta importante obra un profundísimo estudio de toda América, especialmente de la América hispánica. En el capítulo "La defensa" dice el autor que, como de todos los imperialismo, el yanqui es el más poderoso en América del Sur, se siente en todas sus Repúblicas la lucha contra este imperialismo. Es decir, que por imperialismo entienden los suramericanos imperialismo yanqui, olvidando que hay también otros imperialismos que les explotan, sobre todo el inglés.

Los países suramericanos todavía están desunidos. Los trabajadores del campo y los de las fábricas aun no se han solidarizado. Y la solidaridad tiene que ser la base natural de la defensa.

Hasta ahora, la lucha contra el imperialismo ha sido asumida por los intelectuales. Pero éstos son, en su mayoría, sucesores de los héroes de la independencia del siglo XIX. Todavía viven en la Revolución francesa. Son, generalmente, patriotas: quieren la independencia nacional, aunque sea a costa de otros países tan explotados como el suyo. Piden la libertad de la América latina; pero sólo ven la libertad política y no la economía. Para ellos, el problema no es vencer el imperialismo, venciendo al capital, sino evitar las intervenciones de todas clases, anulación de contratos, etc. El peligro de esto es que el nacionalismo engendra fácilmente una dictadura, que no puede ser, a su vez, sino una representación central de los intereses del Imperialismo.

M.

"La dama y los bolcheviques", por Wera Inber.—Ediciones "Avance".—Editorial Historia Nueva.—310 páginas, encuadernada.—Cinco pesetas.

Como muchos libros de la nueva literatura rusa, esta novela autobiográfica nos narra los horrores de la Revolución rusa, como si esos horrores no hubieran dejado ninguna huella de pesimismo en la joven vida de la autora, como si fueran una necesidad para realizar el ideal. Esto es más notable en Wera Inber, porque su novela no es un libro de propaganda comunista, sino más bien lo contrario. Está lleno de imágenes modernas, bellísimas y de una delicadeza puramente femenina. Su imaginación se introduce en todos los terrenos, como si fuera una finísima aguja.

La protagonista se ve sorprendida por la Revolución en su pequeña ciudad del Sur de Rusia. Ella vive sola con su hijita Kis-

ka y la niñera de ésta. No sigue el ejemplo de sus amigos, que huyen al extranjero. Se queda en su casa, corriendo la suerte de sus compatriotas. Cuando ha agotado todos sus recursos de vida, logra un puesto en una oficina oficial, pero no sirve para desempeñarlo. Más tarde, las "jóvenes comunistas de la Cheka" invaden su casa y la obligan a mudarse. Con ayuda de algunos amigos funda un teatro, el "Sosep", para el cual ella escribe obras y las representa. Su nueva vivienda arde un día y la deja en la calle, sin una almohada donde dormir. Esto la obliga a emigrar a Moscú con su hijita. En Moscú sufre mucha miseria al principio. Trabaja en un cabaret, hasta que un semanario la admite sus trabajos literarios. Termina la novela cuando ella se eleva en un aeroplano, en el que viaja como corresponsal de un periódico de Moscú.

F. V.

"Cristóbal Colón. El Quijote del Océano". Wassermann (Jakob). Traducción de Eugenio Asensio. Ediciones "Ulises". 250 páginas. Seis pesetas.—Madrid, 1930.

La bibliografía colombina es cada día más abundante y a ella se incorporan nombres de todas las literaturas, así como de gentes muchas veces bastante alejadas de las disciplinas históricas.

El famoso escritor alemán Jakob Wassermann acaba de sumarse a ella con su "Cristóbal Colón. El Quijote del Océano", que si bien ofrece como novela bastante interés, escaso es el que presenta como investigación.

Hay ahora una corriente rectificadora de la literatura colombina del siglo pasado, que solía hacer del almirante un personaje adornado de tantas virtudes, que de verdadera casualidad puede considerarse el que su canonización no haya llegado a realizarse.

En contraposición, la mayoría de los escritores modernos que han ocupado del descubridor han tratado de demostrar cómo el Colón de Washington Irving (citemos al más destacado de sus apologistas) difiere en mucho del verdadero, que tiene demasiadas sombras para llegar no ya a santo, sino a ser un hombre de una moralidad corriente.

El historiador mejicano Carlos Pereira inició en cierto sentido esta modalidad, aunque no creemos anden muy equivocados quienes le califican de "colombófilo"; reconociendo, sin embargo, que a él se deben importantísimas observaciones y preciosos datos sobre su vida.

Marius André sigue por esta senda, y en su magnífica obra "La verídica aventura de Cristophe Colomb"—dedicada por cierto al señor Pereira—arremete, no sin gran acierto, contra el que podríamos llamar "San Cristóbal Colón del siglo XIX", saliendo por los fueros de los Pinzones, Isabel, Fernando, sabios de Salamanca y demás elementos españoles que resultaban bastante malparados en las anteriores biografías.

Jakob Wassermann, en su biografía, si bien no deja una actitud crítica ante los hechos del Almirante, tampoco se acerca a la corriente moderna; pero hemos de tomar muy en cuenta que si el escritor alemán ha escogido a Colón como personaje de uno de sus libros, no lo ha hecho, como los otros, por afán de investigación; y hay que dar por descontado que tiene que simpatizar con él.

Excusa las muchísimas cosas que se tienen como prueba fehaciente de la deslealtad con que obró en no pocas ocasiones, y, desde luego, no da ninguna importancia al lugar del nacimiento, cuestión hoy tan debatida que incluso ha dado lugar a explosiones de patriotismo, tales como las de cierto diario que ofreció un premio a quien demostrara que Colón era español.

La traducción, de Eugenio Asensio, muy bien hecha. La edición, cuidada y con numerosas fotografías y grabados.

R. B. C.

ACABAN DE PUBLICARSE
EN

"Ediciones Ultima"

S. A., HISTORIA NUEVA

MADRE

La mejor obra

de

MAXIMO GORKI

7 pesetas.

YO BUSCO MUJER

Un gracioso libro

de

ALFREDO PANZINI

5 pesetas.

El Club de los negocios
raros

Saturado de la gracia

de

J. K. CHESTERTON

5 pesetas.

El hombre es bueno

El único libro de guerra que se
leerá siempre,

por

LEONHARD FRANK

5 pesetas.

Las relaciones de los
sexos

Que revela las doctrinas

de

LEON TOLSTOI

5 pesetas.

LA NOVELA SOCIAL

Justo el Evangélico

Novela de sarcasmo social y
cristiano,

por

JOAQUIN ARDERIUS

5 pesetas.

El suicidio del Príncipe Ariel

El drama de un príncipe here-
dero, por

JOSE ANTONIO BALBONTIN

Segunda edición. 5 pesetas.

El Pueblo sin Dios

La novela del pueblo donde
Dios—la Moral—está ausente.

por

CESAR FALCON

Segunda edición. 5 pesetas.

Pedidos a

CENTRAL DE EDICIONES
Y PUBLICACIONES

Marqués de Cubas, 9.

MADRID

Apartado 149. Teléfono 11.591.

UN CASO DE CONCIENCIA

La razón de ser monárquico

(Confesiones de un español feliz y patriota)

Yo tengo la suerte de ser monárquico de toda mi vida. Creo en todos los principios fundamentales de la monarquía y en su gloria histórica. Creo, sobre todo, en aquello de la consubstancialidad de España con la monarquía; pero necesito exponer los fundamentos de mi fe, aunque la fe, teóricamente, no tenga fundamentos, porque yo soy un monárquico con ideas propias.

Desde la desaparición de la llamada Dictadura del general Primo de Rivera, unos cuantos desocupados—"una minoría insignificante", como debemos decir quienes nos preclamos de monárquicos leales—ha sentido de pronto un desmedido afán republicano y desborda su propaganda en la Prensa, en el café y en el comicio, contrariando y ofendiendo el sentimiento monárquico de la inmensa mayoría de nuestro noble pueblo, amparándose en que nuestro pueblo, por su profundo sentimiento religioso, no puede tomar represalia ninguna contra los desmandados. Pero el Gobierno debe ponerle un energético correctivo a tales desmanes. Yo no sé si alguna vez en mi vida la corona, en su gran sabiduría, me encontrará lo suficientemente idóneo para llamarme a su

del glorioso duque de Alba, de Torquemada, de Calomarde, de Primo de Rivera. Hombres capaces de defender con mano de hierro la tranquilidad y la pureza espiritual de nuestro pueblo. Hoy solo nos queda la suprema reserva de don Juan de la Cierva, el último de la gloriosa estirpe de nuestros estadistas. Porque yo, la verdad, no tengo mucha confianza en aquellos monárquicos que rivalizan con los ilusos liberales en el vicio de citar libros extranjeros, como si la grandeza de España se hubiera hecho con libros. Estos hombres no pueden ser sino auxiliares de un verdadero estadista. Ya hemos visto a don Antonio Goicoechea con cuánta eficacia colaboró en el Gobierno del egregio caudillo Primo de Rivera, confeccionando aquel magnífico proyecto de constitución que dictaba tan acertadas medidas para poner coto a todos los desenfrenos liberales.

Y no digo revolucionarios, porque nuestro noble pueblo, a pesar de su religiosidad, no las toleraría, ni hay en nuestro estado social motivos para que prendan. Las cuestiones sociales son productos de los países sin luz, tristes, oscuros, sin fe religiosa. Pero en España es una demencia creer en tales cuestiones. Basta ver la gloria de nuestro sol, el prodigio de luz y de color de nuestro cielo, la maravilla de nuestro clima, para darse cuenta, a menos de ser un iluso teorizante, de la imposibilidad física de un movimiento revolucionario en nuestro amado país. Yo veo cerca de mí al pueblo verdad, al pueblo neto: a los campesinos y obreros. Mientras nosotros los propietarios de tierras heredadas, obligados por nuestra posición social—heredada también y, por tanto, ineludible—nos aburriríamos y marchitaríamos en los sillones del casino, sin saber de qué hablar cuando la esposa de algún amigo no nos da tema para unos cuantos días, los campesinos y labradores disfrutan desde el amanecer hasta el anochecer de la felicidad del aire libre y perfumado, de la gloria dorada del sol y de la magnificencia del maravilloso cielo de España. ¿Y nuestros obreros? ¿Hay algo en el mundo comparable a la felicidad de un albañil madrileño en un mediodía de verano, tirado a la sombra de un andamio, con un piropeo a flor de labio? ¿Háblele usted a un hombre de estos de revolución social, de república o comunismo, y verá cuánto desprecio brilla en sus ojos!

Unos cuantos chiflados quisieran emponzoñar el alma de estos hombres felices con la cizaña de que sus salarios no les alcanzan ni para malcomer. ¡Como si la felicidad del hombre dependiese del salario y de la comida! Yo, obligado por mi situación heredada, sufro la tiranía de un cocinero francés que me intoxica diariamente con cinco platos de comida y seis de cena. Si

los charlatanes que predicán la revolución social pudieran ver en mi conciencia con cuánta envidia veo el oloroso gazpacho de los campesinos andaluces, la sopa de ajos del labriego castellano y la obesa libreta del albañil madrileño, se darían cuenta de cuán ridículas son sus propagandas. No. Nuestro noble pueblo es feliz con su gazpacho, su sopa de ajos, su libreta, y su alma limpia y clara, purificada por la religión, no puede mancharse con la pátina oscura del odio de clases. El cielo le ha concedido, en premio a su piedad, todas las bellezas de la Naturaleza, todas las glorias de la Historia, todas las dichas del amor, y bajo el gobierno paternal de la monarquía,

vero como el alma castellana. Dentro de un régimen así no se excluye, naturalmente, la libertad. Aquí es donde quiero enfrentarme a los menguados liberales del barullo republicano. Estos hablan, por ejemplo, de libertad de pensamiento. ¿Puede prohibirse a alguien que piense dentro de su cráneo como le da la gana? La sola enunciación de la pregunta descubre la inanidad de las propagandas liberales. Pero aún hay más. Los liberales hablan también de la libertad de palabra. Yo voy a exponer un ejemplo contundente. La libertad de palabra nunca ha sido atacada con más saña, según los embustes liberales, que cuando el Gobierno de orden del general Primo de Rivera. Pues bien: esto es una calumnia. Durante los seis años, cuatro meses y trece días del glorioso gobierno de Primo de Rivera, muchos han escuchado de los labios ilustres de próceres tan esclarecidos como el señor Conde de Bugallal, el señor Conde de la Mortera y cerebro tan privilegiado como el señor Cambó, muchas palabras de esas que el buen pueblo usa en sus momentos de irreflexiva violencia contra el jefe del Gobierno y otras perso-



España es la envidia de las naciones extranjeras.

consejo. Si esto ocurre, todos mis actos se inspirarán en las gloriosas tradiciones monárquicas de España: en la ejecución de los insumisos comuneros de Castilla, en la lucha contra los impíos de la Reforma, en el castigo implacable de los indios salvajes de América, en la guerra contra los moros, en la persecución de los liberales extranjeros y los desintegradores de la patria. Porque ésta es la misión del buen gobernante: conservar, sin miedos ni transiciones las gloriosas esencias de la nacionalidad. Allí donde la piedad del pueblo permite el alboroto y la diatriba, el gobernante debe impedirnos despiadadamente. Así lo han hecho los grandes gobernantes españoles desde nuestro gran Carlos V hasta nuestro gran Primo de Rivera, envidiado por todas las naciones desorganizadas a cuya prensa hizo callar con la dádiva miserable de unos cuantos cientos de miles de pesetas.

Esto es precisamente lo que nos hace falta ahora en España: hombres del temple



... nos aburriríamos y marchitaríamos en los sillones del casino...

nuestro buen pueblo no aspira a más, porque en la Tierra no hay bienes superiores. Precisamente la envidia de los países extranjeros es que nuestro pueblo disfruta la mayor felicidad humana, no siente odios oscuros, nunca ha sido diezmado por la peste—manifiesta protección de la divina Providencia—, y cuando ha dado su sangre generosa en la guerra, lo ha hecho en defensa de la fe y la religión verdaderas.

Por esto merece nuestro pueblo un régimen de gobierno como el que hizo la grandeza de nuestros antepasados y el prestigio con el cual nos imponemos hoy día en el mundo. Un régimen de rigor, fuerte y se-

nalidades. Todos ellos las han dicho sin embozo y con la más fuerte entonación popular. Las han dicho casi todos los días de aquel período, y, sin embargo, el gobierno, que, como todo gobierno bien organizado, tenía numerosos elementos de información y la sabía, no les molestó nunca.

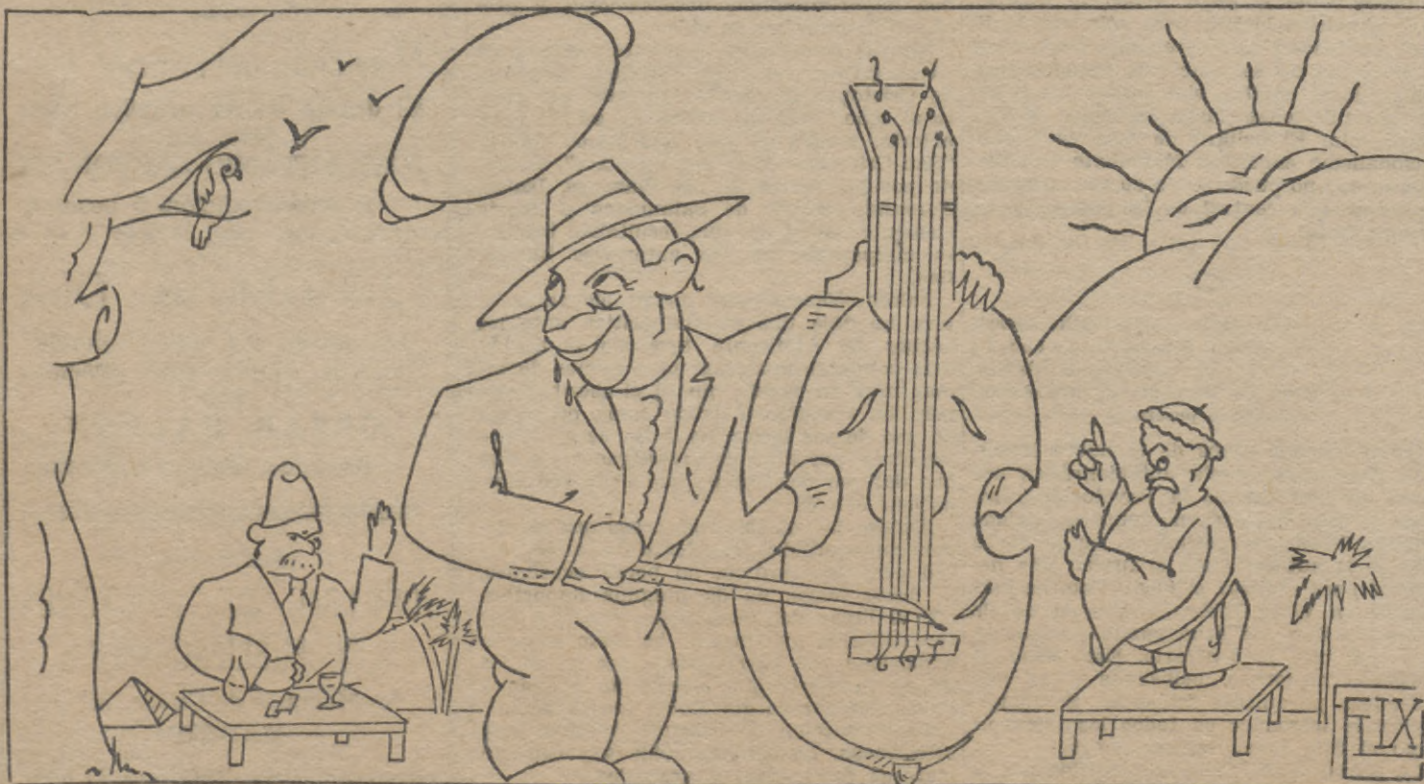
¡Ah! Porque aquí está la clave de la cuestión. Los señores de Bugallal y la Mortera hablaban en el círculo de sus amigos, entre personas cultas, capaces de discernir el verdadero alcance de sus palabras y de apreciar la oportunidad en que eran pronunciadas. Pero no salían a decir las en mitad del arroyo, para deleite de la chusma republicana, como quisieron los perturbadores del orden. Los oídos del pueblo son como los de una casta doncella, y no puede decirse ante ellos lo que se dice en privado, en el recinto de la confianza. Aquellos señores no han hablado con versos prestados como el ofuscado señor Sánchez Guerra, sino en limpio y rotundo lenguaje de Castilla, y no han dejado por esto de ser tan monárquicos, tan leales y tan españoles como antes y como lo son hoy mismo. Precisamente ahora, después de lo ocurrido en las últimas semanas y de las audacias y desmanes de los irreflexivos y de los tantas veces nombrados perturbadores del orden, sería un bien para el país que Su Majestad se dignara llamarlos al gobierno para que colaboraran con las luces de sus inteligencias en las siempre sabias decisiones de la Corona.

CISCO

DE "NOSOTROS" A "NOSOTROS"

Por encima del mar y de los hemisferios, en esta gran onda de comunicación que es la hoja periodística, enviamos un saludo fraternal a la gran revista "Nosotros", de Buenos Aires.

Aquí mantendremos siempre con ella un vínculo de sincera fraternidad, no sólo en el nombre, sino en el espíritu. Nuestra lucha es más dura, pero la emprendemos con la convicción de cumplir un deber.



... en la Tierra no hay bienes superiores.

EL Tópico de los hombres

P. R.
GREGORIO MARAÑÓN

Uno de los tópicos de la mentalidad española de nuestros días es el de "no hay hombres". "¡Si hubiera hombres!", se oye decir por calles y casinos a los sempiternos arbitristas de los males nacionales. Y como, según dicen, no los hay, se encogen de hombros y se van a sus casas con la conciencia tranquila, dispuestos a seguir en la modorra ciudadana..., puesto que no hay hombres.

Los hombres nuevos.

Hay que combatir el error de hecho y el error de interpretación que encierra esta actitud, tan en boga actualmente. En primer lugar, en efecto, hay hombres en España, hombres de calidad excepcional y en cantidad suficiente para satisfacer a los más descontentadizos con tal de que no sean excesivamente miopes. La política anterior a la dictadura, había acumulado en un grupo reducido de personajes el derecho a figurar en los cargos directivos. Luego, la dictadura eliminó a todos los anteriores e hizo monopolio—uno más—de la gobernación en su correspondiente grupo de servilones. Y así han pasado veinte o más años de nuestra historia próxima, durante los cuales una legión de españoles dotados de modo sobresaliente han permanecido inéditos, por no caciquear con los viejos partidos o por no formar parte de la divertida Unión Patriótica; o bien por no tener la suerte de ser parientes de un personaje de la política antigua o de los mandarines del directorio. Sin contar con las generaciones que han irrumpido en la vida pública durante los seis años ominosos y llegan a ella, como a una isla virgen; medítese en que los jóvenes que hoy tienen veinte años y están en plena dinamicidad social eran en septiembre de 1923 unos muchachos de catorce años, y han pasado este período, decisivo, entre la pubertad y la juventud responsable en el limbo de ciudadanía que representa la censura y la opresión dictatoriales.

Todos estos grupos de españoles eliminados por razones políticas o cronológicas de la vida pública, ¿cómo van a ser catalogados como gobernantes expertos, si no han gobernado jamás? Pero entre ellos hay docenas y docenas de personalidades dotadas de un modo excelso para la política activa. Quizá no hubo nunca en la humanidad española una veta de hombres mejores que los de ahora; por su preparación y por sus dotes intelectuales y éticas. Los que miramos con confianza creciente la suerte futura de España, es precisamente en el

conocimiento de estos próximos directores de la vida pública en donde descansamos nuestro optimismo.

"No es cuestión de directores".

Pero el error que supone la lamentación de "no hay hombres" es mayor todavía por lo que hace a su interpretación. Hay hombres, sí; pero aunque no los hubiera, no habría motivo para justificar la inacción de muchos. La ciudadanía no es cuestión de directores, sino de la propia conciencia de cada uno. Precisamente lo que caracteriza a la vida colectiva moderna es este establecimiento en la personalidad individual del centro de su conciencia pública, aun cuando subsista una dirección extraña en la conducta profesional, en su más amplio sentido; y aun cuando la colectividad profesional pueda ser aplicada a las luchas políticas, como ocurre con los sindicatos.

Cada hombre libre forma su ideología política con el material que recoge de su experiencia, de sus lecturas, de sus tendencias temperamentales. Ya nadie debe ser de la izquierda o de la derecha, de este u otro grupo social, porque lo diga, con voz tonante, un mesías cualquiera. Ahora bien, los que sienten la pereza invencible de pensar por su cuenta, pereza insuflada en el alma a través de una herencia milenaria; los que no quieren acomodar su conducta a un esquema de dignidad ciudadana determinado y mínimo, encuentran muy cómodo hacer el responsable de su inacción a ese mítico "hombre" que no acaba de llegar nunca para ellos.

El capitán fantasma.

En el caso actual de España existe un embrión rudimentario, amorfo, de conciencia política colectiva, nacida al calor de la serie de injusticias cínicas del período dictatorial. Y una conciencia, no hay que decirlo después de nombrada su causa, orientada hacia la izquierda, en cuanto ésta representa la reivindicación contra un estado social de opresión, basado en el abuso de los poderes constituidos. Pero esos miles—millones—de españoles que se sienten renovados y orientados en una dirección política determinada, sienten también que les falta el "hombre" que los dirija, como rabadán al rebaño. Y como el rabadán no aparece, al menos por ahora, se vuelven a la caverna oscura de su apoliticismo, creyendo que han cumplido con su deber, y que si no han hecho civismo, no fué de ellos la culpa, sino del "otro", del mito, del capitán fantasma que nunca acaba de llegar.

Ansia subconsciente de tener un dueño.

Hay que reaccionar — digámoslo otra vez—contra esta tradicional dejación de los deberes individuales en un jefe. Los jefes, hoy, son el vértice de una pirámide formada, previamente, por la conciencia política de la colectividad. Los que quieren un proceso a la inversa, esto es, el hombre que fulmine su programa, y la multitud que se acople a él, quieren, en realidad, una dictadura. Esos hombres que se creen liberales y que añoran el cerebro que les guíe, añoran en realidad una mano con un látigo y no un cerebro; una orden y no una orientación. Son formas de servilismo disimuladas, en las que asoma a la conducta el ansia subconsciente de tener un dueño. Y el dueño sólo puede estar en nosotros mismos. La organización es buena, es indispensable para el ajuste y la eficacia de la conducta personal. Y en lo político también, para la ejecución práctica, en lo que tiene de profesional, de una determinada ideología. Mas el núcleo del pensamiento está en cada individuo; y un partido es la suma de esos núcleos vivos e individuales; no el reflejo en cada espíritu de las ideas y de las decisiones del mesías.

El expediente del mesías.

Los pueblos perezosos como el nuestro tardan mucho en renunciar al cómodo expediente del mesías. Aun después de largos años de aparente liberación, acogen con gusto no disimulado los episodios absolutistas, como la última dictadura, en la que un hombre—¡y qué hombre!—les relevaba cada mañana en una nota—¡y qué nota!—del trabajo de pensar. "Id a vuestra oficina, a vuestro cuartel, a vuestro laboratorio, les decía, y no penséis en nada más; el gobierno lo hará por vosotros"; y así salió ello.

Todo esto nos enseña la necesidad imperiosa de hacernos cargo de que el problema político en España es, fundamentalmente, un proceso educativo y no un proceso de dirección corporativa. El gobierno y el partido tienen que existir y es de desear que sean lo mejor posible; lo más justos, lo más progresivos y liberales. Pero la verdadera obra de renovación política, de transformación de la conciencia pública, es una obra pedagógica

La valoración de la propia personalidad.

Esa valoración de la propia personalidad que crea y alienta al verdadero ciudadano no se forma ingre-

sando en un partido a las órdenes de un jefe, sino saturando la conciencia de cultura y de civilización. Los hombres olvidamos cada momento—y por eso necesitamos que a cada momento se nos recuerde—esta gran verdad: sólo se es hombre libre por el conocimiento; y sólo siendo libre se tiene la necesaria capacidad política. Por eso el reaccionario—es decir, el posible dictador—odia sobre todo el conocimiento; y la obra de los dictadores es, antes que nada, obra de hundimiento de las gentes en la ignorancia.

El problema de la España nuestra, dolorida y atormentada, con la carne viva de todas las heridas recibidas en estos años de oprobio, es, ciertamente, un problema de hombres. Pero no de hombres políticos, sino de educadores. Sobran, ya lo hemos dicho, gentes de capacidad magnífica para la actuación política. Faltan, en proporción dolorosa, los hombres desinteresados y austeros capaces de esa otra obra, callada, lenta, de la educación. Un gran hombre de ciencia extranjero, espíritu perspicaz y habituado a la observación de los pueblos, que acaba de recorrer España en un coche, deteniéndose en las ciudades y en los pueblos pequeños, visitando y preguntando aquí y allá, con impertinente insistencia, me decía, hace poco, que había encontrado entre nosotros muchas cosas logradas y mucho material para hacer gran parte de lo que nos falta todavía; pero le habían aterrado las escuelas de los pueblos—y bastantes de las ciudades—, con sus locales míseros y repelentes, con sus pobres maestros mal pagados y formados espiritualmente con arreglo a su sueldo, con sus alumnos sin confort en el aula, sin bienestar en su casa, sin inspección, con los ojos pitáñosos y los dientes sucios, con los defectos oculares sin corregir, las uñas largas y la nariz llena de vegetaciones.

La honda llaga nuestra.

Esto es cierto. Esto es la honda llaga nuestra. Por eso hay que reaccionar contra el poder absorbente de la política española, para todos los hombres que adquieren en el campo intelectual una personalidad determinada. Como, según todos, "no hay hombre", se hace de continuo una leva de todos los que destacan en el panorama nacional. No. La gran política en los momentos constructivos tiene que hacerse fuera de la política: en el libro, en la cátedra, en la escuela. Si cada vez que una cabeza, en esta faena heroica y útil, se yergue sobre el nivel medio, se la aparta de

su eficacia actual y se la incorpora al mecanismo de la política activa, se ha hecho, no lo dudemos, una mala obra al país y al interés político mismo.

En determinados momentos de la historia de los pueblos hay que repetir esto con reiterada insistencia; gritarlo, como las voces de auxilio en el peligro, con energía, con violencia si es preciso. Este es el caso de la España actual. Una inquietud política inmensa estremece al país de punta a punta. Las instituciones más solemnes vacilan en sus cimientos, sin que sus partidarios se den cuenta de que no obedece la ruina a la insubordinación de nadie, sino a una profunda necesidad del momento. Todo es desorientación—fecunda desorientación—, ansiedad, curiosidad y temor ante el futuro. Y, entonces, surge con mayor fuerza que nunca

el grito de "hacen falta hombres". Y la conferencia, la apoteosis pública, el banquete numeroso y ferviente, la llamada colectiva, llena de sincera intención de acertar: todas estas sugerencias tienden su red, brillante o sutil, al hombre que hace su labor, que educa, que aporta el grano o la montaña de su esfuerzo a la obra de la cultura, que es también, a la larga, política y la mejor de todas. Y es difícil que este hombre no se deje arrastrar por la marea grata del halago público y concluya por esterilizar su obra anterior—que ya no se rehará nunca—, a cambio de una obra que, en definitiva, la podría cumplir otro sin su preparación y su prestigio.

Amar y servir a la política.

Hay que ponerse serios contra este equívoco que daña a la larga a la pa-

tria. No se trata, no—y aquí está el nudo del problema—de desdeñar a la política. Se trata, precisamente, de amarla y de servirla. Pero cada cual desde su puesto. La política la ejecutan los políticos, pero la hacen los que no lo son, de un modo especulativo y profesional. Y en España la política verdadera, la gran política del pueblo, está por hacer, y, por lo tanto, hay que hacerla. Mientras esto no ocurra, esos hombres que la multitud echa de menos trabajarán, como los funámbulos, en el vacío, y, apenas alzados, se vendrán abajo, como estatuas de bronce, con el pedestal hecho de buenos propósitos, de ambiciones, de ensueños: de cosas huecas, en fin.

G. MARAÑÓN.

NOTA.—Titulares parciales de la Redacción.

NEGOCIOS Y VENGANZAS

Asturias bajo la Dictadura

por

Leopoldo Alas Argüelles

La dictadura que los españoles soportamos tanto tiempo con lamentable paciencia fué la misma en todas partes; pero si no hubo más que una dictadura, ésta presentó matices distintos según las resistencias encontradas y el grado de educación política de los que tenían que padecerla.

Asturias no era terreno abonado para que prosperara el *upetismo*. Una región que cuenta con dos núcleos urbanos de tanta vida como Oviedo y Gijón y con una extensa zona industrial y minera densamente poblada, acostumbrada, además, a una actividad política en la que el clásico caciquismo casi había pasado a la historia, tenía que recibir con hostilidad la pretendida buena nueva que predicaban los regeneradores encargados de acabar con el llamado antiguo régimen. Por eso aquí la dictadura fué eminentemente rural y se dedicó a buscar en el campo y en los pueblos más pequeños aquella apariencia de adhesión que no podía encontrar en las ciudades ni en las villas de importancia.

"El Cantón."

Según cuentan, aunque no he podido comprobarlo, en las altas esferas dictatoriales se llamaba a Asturias "el cantón", aludiendo, sin duda, a la rebeldía latente con que siempre tropezaban entre nosotros. Como es natural, una región que se manifestaba tan reacia a las torpes maniobras captatorias de la dictadura, no podía contar con su benevolencia. Cuando los recibimientos *respectuosos* que aquí tuvieron los elementos oficiales no dejaron ya ninguna duda acerca de nuestros verdaderos sentimientos, se prescindió de todo aquello que se había prometido, que no era mucho ciertamente, y Asturias tuvo el honor de ser una región especialmente perseguida, que no sólo no obtuvo favores materiales de la dictadura, sino que se vió perjudicada y postergada en todo lo que fué posible. Muchos ejemplos podrían presentarse; pero me limitaré a señalar algunos que me tocan más de cerca por referirse a materias de enseñanza: son estos *beneficios* la

supresión de la Escuela Náutica de Gijón, el escamoteo del proyecto de construcción de un instituto en Oviedo y el decreto, que no llegó a publicarse, suprimiendo la Universidad.

Como la dictadura no tenía ambiente en Asturias, fué un problema de difícil solución el de encontrar servidores que se avinieran a representar los no muy lucidos papeles de concejales y diputados provinciales. Cada vez que había que renovar un Ayuntamiento o formar una nueva Diputación costaba grandes trabajos dar con gente que quisiera someterse a la humillación que suponía estar en tales corporaciones a las órdenes del gobernador de la provincia. Claro está que no faltaban voluntarios, que hasta pasaron de otros partidos a la U. P. a fin de reunir las necesarias condiciones para obtener los codiciados cargos; pero se trataba de gente tan poco deseable, que había que prescindir de ella para no llegar en las designaciones al colmo de lo ridículo.

Por regla general, y salvo muy

contadas excepciones, el personal de que disponía la dictadura se reclutaba entre los saldos de la vieja política, tomando de ella lo que ella misma desechaba, y entre ambiciosos que en otros tiempos habían fracasado en el logro de sus injustificados deseos o habían tenido la prudencia de no atreverse a manifestarlos. Al amparo de estos elementos, y sin mezclarse con ellos, por si acaso, vivieron y prosperaron algunos nadadores de entre dos aguas y amigos del sol que más calienta.

El desastre administrativo.

No hay que decir que la administración de toda esta gente constituyó un verdadero desastre, del que hemos de tardar mucho tiempo en reponernos. Pero acaso mayor que el daño material, con ser éste muy grande, fué el daño moral que se ocasionó retardando el desarrollo natural de nuestra vida política y retrocediendo a tiempos de caciquismo desenfundado que esperábamos no volver a ver.

Ahora, el deber más imperioso de los hombres de buena voluntad es trabajar cuanto sus fuerzas les permitan para despertar el espíritu de ciudadanía y llegar a conseguir que nuestra vida política sea la propia de un país civilizado.

Oviedo, abril de 1930.

EL DECLIVE DE LA PESETA

Balance ruinoso de la Dictadura

No era casual la declaración de apolitismo en el triste e inaceptable manifiesto del ejecutor del golpe de Estado de 1923. No lo era tampoco su innecesaria y burda exhibición de virilidad. La primera respuesta al nivel de incompetencia, tan cuidadosamente mantenido y aun cultivado. La segunda era el truco de cuya tramoya sólo se han enterado algunos cuando el miedo alejado les ha permitido enjuiciar la labor que eunuca y frenéticamente aplaudieron mientras esperaban migajas o temían arbitrariedades.

Cara le costó a don Antonio Maura su infeliz frase: "Menos política y más administración"; pero más caro nos costó a los españoles la interpretación que la dictadura ofreció de tan descabellado principio, construido por simple cohesión fonética del "más" y el "menos" y la

fuerza oratoria del tópico que arrastra la incongruencia para producir el aplauso y la admiración del papanatas ibérico.

La indebida contraposición de estos dos términos concéntricos, de los que el externo—"política"—comprende y encierra al interno—"administración"—explica la sucesión de desaciertos del poder ejecutivo entre tanto fué mantenido por la aquiescencia del llamado moderador.

Menos política hubo, es cierto, y fué inevitable, por tanto, que hubiera menos administración. Más verazmente: no hubo política—que no lo es el pretorianismo—; no pudo, pues, haber política económica, ni financiera, ni comercial, ni internacional, ni administrativa. Tuvimos, sin embargo, en aquel Gobierno no militar de la dictadura dos *personas*—de "per" y sonus", o "personare", sonar

mucho—en el tinglado público, "político". Verdaderas "personem tragicæ" (máscaras) que desenvolvieron a satisfacción de su director la representación caricatural del estadista al frente de dos despachos ministeriales: el de Hacienda y el de Fomento. Alguna vez—pocas por desdicha—consiguieron un tan afinado remedo, que pudieron pensar quienes no se habían percatado del juego empeñado a expensas de la nación, que se administraba de veras, que el país se enriquecía, que se había emprendido una veloz marcha ascensional en el progreso y bienestar de España. Ni esto era cierto, ni había posibilidad de que lo fuera.

Si política significa eficacia y se ha desquiciado nuestra moneda, ¿puede decirse que se ha seguido una política monetaria?

He aquí unos datos de clara significación:

Cotización de libra esterlina en Bolsa de Madrid durante el período apolítico o de dictadura:

Media anual (1): 1924, 33,138; 1925, 33,658; 1926, 32,836; 1927, 28,514; 1928, 29,332; 1929, 33,165.

La cotización media de este período de seis años es de 31,773.

Durante seis años políticos con desastres en Africa:

Media anual (2): 1909, 29,384; 1910, 27,032; 1911, 27,357; 1912, 26,906; 1913, 27,130; 1914, 26,235.

La cotización media de este período es de 27,340.

* * *

Si política significa eficacia y un mercado mundial que podía estar en nuestras manos se le ha entregado a Italia, ¿se puede hablar de política comercial?

Recuerde el señor Calvo Sotelo el contrato que se firmó, para la venta del mercurio español, con los representantes de las minas italianas de Monte Amiatta, que ha tenido la virtud de crearle a Italia un mercado mundial de mercurio que nunca soñó alcanzar, y ya nos ha costado dejar de percibir varios cientos de millones de pesetas.

Si política significa eficacia y el contribuyente español sufre importantes aumentos de gravámenes, sin tocar beneficios, ¿se puede hablar de política económica?

En fin, si política significa eficacia y el ejército, antes unido, consiguió la dictadura dividirlo y crearle peligrosos antagonismos y emulaciones, ¿se podrá hablar de la política militar de la dictadura?

No; en España, durante el período dictatorial, sólo una de las muchas promesas del manifiesto del 13 de septiembre se ha cumplido: "No hacer política".

No se ha hecho política; es decir, se ha deshecho la cosa pública en manos incompetentes siempre y desleales con la nación a las veces. Quizás la incompetencia pueda perdonarse—sin que se olvide—. La deslealtad tendrá que ser juzgada en relación a su cinismo, obligándole a que repare en parte el daño realizado, reponiendo el saldo negativo que nos pone en trance de definitiva insolvencia.

JOSE L. BENITO

(1) No computamos ni los meses de septiembre a diciembre de 1923, en que estuvo a más de 33,500, ni el de enero de 1930, en que llegó a 42,100.

(2) No elegimos los años inmediatamente anteriores a la dictadura por lo favorable que sería para nuestra argumentación la depreciación de la libra por la guerra europea. Sin embargo, hay que hacer constar que el año 1921—desastre de Annual—la media fué de 28,505, es decir, más baja que el año 1927, el mejor del período de dictadura.

JORNADAS DE LA LIBERTAD

Responsabilidades reales

por

MARCELINO DOMINGO

Una de las sesiones más trascendentes de las Cortes españolas en el siglo XIX fué la sesión del 12 de junio de 1823. Se celebró en Sevilla. Era en los momentos en que los cien mil hijos de San Luis, al mando del duque de Angulema, llegaban a Madrid y se constituían en Poder. Y en que el Rey Fernando VII, pretextando públicamente una oposición a los invasores y declarándose partidario de la Constitución, bajo mano, entre bastidores, tras cortina—que es como en España se realizan todas las cosas—, determinaba la forma en que la invasión debía realizarse y se declaraba abogado entusiasta del absolutismo.

Las Cortes se habían trasladado a Sevilla. Como buenas Cortes españolas y buenas Cortes liberales, debatían sobre lo accidental y olvidaban lo esencial, que era la realidad dramática del país. Las Cortes se preocupaban en la discusión de decretos relativos a reformas en el papel sellado, en los correos, en la ley de Imprenta, en los Convenios con las provincias de Ultramar; aprobaban por 106 votos contra 26 un dictamen en el que se declaraba que el Gobierno procedió de un modo digno de la nación en las negociaciones últimas, y que la guerra que España se veía precisada a sostenerle era imposible de evitar, a no infringir sus juramentos y obligaciones y renunciar a su honor, a su independencia, al pacto social jurado y a todo sistema fundado en ideas liberales y justas. Mientras las Cortes discutían así constituíase en Madrid la Regencia, que nombraba secretario de ella a Calomarde, y tomaba como primeras providencias la abolición de las reformas que las Cortes habían establecido, creaba la institución de los voluntarios realistas, separaba del ejército los regimientos de Lusitania y Guadalajara, que habían combatido y rechazado días antes a Bezeures, y otorgaba a Eguía, el furibundo y cruel perseguidor de los liberales, el cargo de capitán general. ¿Vamos a repetir que el Rey Fernando VII, aparentando sumisión a los Poderes constituidos, a los organismos constitucionales, estaba total y absolutamente identificado con los invasores y los facciosos?

La respuesta del Rey.

En la sesión de las Cortes del 11 de junio Alcalá Galiano advirtió a los parlamentarios la gravedad del momento histórico que vivían; los franceses avanzaban en su invasión, y era necesario trasladarse de Sevilla a Cádiz y constituirse en esta segunda población en sesión permanente. Fué acordado, y acordado igualmente que una Comisión ordenara al Rey que siguiera a las Cortes y que ocupara su misma residencia. El Rey contestó que no; "que su conciencia y el interés que le inspiraban sus súbditos no le permiten salir de Sevilla; que si como individuo particular no hallaban inconveniente en su partida, como Monarca debía escuchar el grito de conciencia". Al dar cuenta

de esta actitud a la Cámara, la Comisión que fué nombrada añadió que el Rey, al terminar sus palabras, exclamó: "He dicho", y volviendo la espalda salió de la dependencia. Esta referencia se daba en la sesión del 12 de junio. Sesión memorable, porque ella puso a prueba el sentido civil de los hombres que constituyeron aquellas Cortes. Era el Rey, desacatando al Poder legislativo, burlándose de su admonición, desdeñando sus acuerdos. Era el Rey, hurtando su responsabilidad a las responsabilidades que francamente asumían los otros Poderes.

Palabras de Alcalá Galiano.

Otra vez Alcalá Galiano pidió la palabra. ¿Para qué? ¿Para defender al Rey? ¿Para disculparle? ¿Para declarar que las Cortes habíanse excedido en sus propuestas? ¿Para insinuar que, ante la negativa del Rey, las Cortes debían abandonar su propósito de trasladarse a Cádiz y permanecer en Sevilla? ¿Para manifestar que el Rey era inviolable y no podían ser discutidos sus actos? Nada de esto, que parecía corriente y obli-gado ahora. Nada de esto. "Llegó la crisis que debía estar prevista hace mucho tiempo—dijo Alcalá Galiano—. La Monarquía constitucional de España se ve en una situación tan nueva como no se ha visto ninguna otra. No queriendo Su Majestad ponerse a salvo, y pareciendo más bien que quería ser presa de los enemigos de la patria, Su Majestad no puede estar en el pleno uso de su razón, está en su delirio; porque, ¿cómo, de otra

manera, suponer que quiera prestarse a caer en manos de sus enemigos? Yo no creo que ha llegado el caso que señala la Constitución en el cual a Su Majestad se le considera imposibilitado; pero para dar un testimonio al mundo entero de nuestra rectitud, es preciso considerar a Su Majestad en un estado de delirio momentáneo. Por tanto, yo me atrevería a proponer a las Cortes que se suponga a Su Majestad en estado de imposibilidad moral y que se nombre una Regencia." ¿Cómo fué acogido este rasgo de audacia? ¿Con imprecaciones? ¿Con protestas? No. Se pidió a Alcalá Galiano que presentara por escrito su proposición. Lo hizo, determinando en ella hallarse Su Majestad comprendido en el caso de impedimento moral señalado en el artículo 187 de la Constitución. Fué discutida rápidamente la proposición. Fué votada. Fué aprobada por inmensa mayoría. Fueron designados a continuación para ejercer la Regencia don Cayetano Valdés, diputado a Cortes; don Gabriel Oscar y don Gaspar Vidoget, consejeros de Estado. ¿Verdad que estos acuerdos, por su solemnidad, por su civilidad, por su virilidad, parecen escritos en la historia de otros pueblos y en los anales de otras razas?

Los acuerdos que tomó la Regencia de Madrid contra la Regencia de Cádiz no importan. Lo importante es consignar la manera cómo en tiempos pasados, pero en el propio suelo, procedían las Cortes con el Rey cuando, en momentos de trascendencia, creían que el Rey incurría en alta y grave responsabilidad.

PRIMERO DE MAYO

NOSOTROS aparece, por afortunada coincidencia, el Primero de Mayo. No podemos desaprovechar la oportunidad de unirnos en este día al anhelo y la esperanza de los trabajadores, que son también los nuestros.

A P U N T E S

LA CONQUISTA DEL DIALOGO

Después de seis años de silencio, los hombres han perdido el hábito de hablar. Hoy tocamos las consecuencias de haber perdido la capacidad para el diálogo. Detrás de un gran silencio, los silencios angustiosos del velatorio, cualquier expresión, por discreta que sea parecerá detonante. Esto ocurre de igual modo después de un largo monólogo. Durante seis años ha hablado en España un solo hombre, y de tal modo ha llenado de resonancia los ámbitos del país, que aún padecemos la pesadilla de esa voz. Mas hora es de que empecen a cambiarse palabras en forma de diálogo. No de otro modo se humanizan las ideas y en las luchas políticas no hay otro medio de derribar y destruir que la acción, la violencia física; no hay otro modo de construir que el diálogo. Solamente hablando, los unos y los otros, se entienden los hombres. Y aunque no se entiendan los interlocutores, acaban entendiendo los oyentes.

El grave problema de España en estos momentos es si se debe construir sin destruir primero. Y los partidarios de la destrucción, si es mejor práctica esperar a que la fruta caiga del árbol o hay que arrancarla violentamente, precipitando este curso tan largo en que agonizan todas las decadencias. Mas, aun deseando una acción revolucionaria, y teniendo fe en los designios de la violencia, el tumulto no se provoca nunca a plazo fijo—quizá puedan presentirlo los más perspicaces—le ofrece la ocasión, y en estos casos una anécdota insignificante le provoca. Quizá la táctica más eficaz para producir una conmoción política sea disimular los últimos deseos, aceptando lo menos para conseguir lo más y no desaprovechando ningún esfuerzo, por débil que sea, y alejando de nuestro propósito, siempre que tienda a sustituir lo actual. Simplemente este propósito indica una intención pura y un concepto claro de la realidad que nos circunda. Por eso, ahora, puede ser eficaz el diálogo.

Este diálogo interrumpido durante seis años, y que aún no hemos conseguido conquistar íntegramente. Es el primer deber de la acción democrática ir a la conquista del diálogo, ya que no existe otro medio de entenderse en el mundo. El Parlamento, con todos sus vicios e inconvenientes, tiene su mejor defensa en ser un lugar donde se dialoga libremente. La gran masa oyente de un país no entiende nunca el monólogo. Necesita el amberso y el reverso de las ideas para tomar partido sobre ellas y sentirse a sí mismo.

¿Cuándo podremos tener un diálogo absolutamente libre? Caída la Dictadura, queriendo apagar las resonancias de este monólogo de seis años del dictador, han surgido miles de monólogos, renovándose el mito de la confusión de las lenguas. Cada español, en estos momentos, tiene un lenguaje que no le entiende sino él solo. Se siente la necesidad de un idioma común que prepare todas las luchas futuras; las luchas que se imponen a la democracia española para ganar tanto tiempo perdido. Y como táctica y recurso dialéctico en la campaña, aprovecharse de todo lo que nos han entregado los adversarios. Sea su propia obra la mejor arma para destruir.

FRANCISCO DE COSSIO

HISTORIA NUEVA

Ediciones: LA POLITICA

Ha publicado recientemente:

¿A DONDE VA ESPAÑA?

por Marcelino Domingo.

Prólogo de Gregorio Maraón.

El libro político más sensacional de los últimos tiempos. Maraón define en el prólogo su actitud política, y Marcelino Domingo expone clara y valientemente la ideología republicana. Está agotándose la segunda edición. Dentro de pocos días aparecerá la tercera.

5 pesetas.

EL GOBIERNO DE LOS CAUDILLOS MILITARES

por Alvaro de Albornoz.

La crítica más profunda de los gobiernos militares de España. Esta obra tiene, además de su indiscutible importancia política, un gran valor literario. Es un libro admirable. Está a punto de agotarse la primera edición.

5 pesetas.

MEXICO DE CERCA

por R. de Belausteguigoitia.

Todos los problemas de México y sus revoluciones se estudian en este libro con una imparcialidad y un verismo admirables. Es la obra más completa sobre el México actual.

5 pesetas.

ESPAÑA Y CATALUÑA

por Juan Ors.

El ilustre publicista catalán analiza en este libro el gran problema de Cataluña. Aquí se plantea sin odios ni pasiones mezquinas la cuestión de las relaciones ibéricas. Este libro tendrá una repercusión enorme.

5 pesetas.

NUESTRA AMERICA Y EL IMPERIALISMO YANQUI

por Alfredo Palacios.

Las más nobles campañas del gran "leader" argentino. En este libro se incluyen los textos de las enérgicas protestas de la Unión Latino-Americana contra los atropellos de la dictadura de Primo de Rivera.

4 pesetas.

|||||

Pedidos a:

Central de Ediciones y Publicaciones

MARQUES DE CUBAS, 9.

MADRID

Apartado 149. Teléf. 11.591.

TEATROS

Después de la Pasión.

Al campaneó del Sábado de Gloria pintaron los teatros sus nuevos carteles. Esta es vieja costumbre a la que ni su notoria esterilidad hace extinguirse. Seguimos hoy padeciendo la horticultura escenográfica adscrita a la glorioso Resurrección. Realmente parece que la agrupación de obras del pergeño de las que suelen aprovechar esta coyuntura para mostrarse a la pública luz, no debería hacerse sino con ánimo purificador. Pero lo cierto es que se instala en las carteleras con afán de prolongada estancia.

En el Cómic, *La Divina ficción* ("Fuchi d'Artificio" por Luigi Chiarelli), a cargo de la compañía Gómez Hidalgo; en el Infanta Beatriz, el mexicano Fernando Soler, con la novedad de *El Amigo Teddy*; en Maravillas, con pretexto de *La niña del Albaicín*, hay baile y cante flamenco; en La Latina echan *La Malquerida*, lo que no nos parece mal; en el Gran Metropolitano, Eulogio Velasco nos muestra las bellezas del mundo: Carabanchel Alto, Torrejón de Ardoz y Tetuán de las Victorias, sin que los respectivos alcaldes hayan presentado hasta ahora protesta alguna; en Romea, *Colibrí*, empollado por los señores Vela y Campúa, con trinos del maestro Rossillo, no rompe la tradición ornitológica de aquel Coliseo; en Pavón continúa alentando *El Alma de la Copla*; en Fontalba se halla *Paco la Telefonista*, que al igual que sus compañeras debía ser despedida, aunque con más clara y plausible justificación.

Releemos las líneas que acabamos de escribir. Con recuerdo y esperanza vivimos pensamos en los finos valores que el teatro guarda. Volvemos a mirar hacia los escenarios que en estos días se nos han ofrecido, y, contristados, lamentamos el incidente.

L. R. B.

María Teresa Montoya.

María Teresa Montoya se presentó al público de Madrid con una comedia dramática de Darío Nicodemi, que es de lo peor que se ha escrito. Felizmente para ella, el público ha sabido bien diferenciar la comedia de su trabajo personal, y sería impertinente en este caso referirse a la obra.

Esto es bastante significativo. Muy buena tiene que ser una artista para que un público siga con interés las peripecias y los parlamentos de una obra francamente mala, haciéndose la violencia constante de fijar su atención en cuestiones capaces de aburrir al más paciente.

María Teresa Montoya es hoy, con seguridad, casi la única realidad interpretativa del teatro castellano.

Dos recomendaciones le haríamos: que modificara su repertorio, incorporando a él obras que de veras hagan un placer el verla, y que hiciera lo mismo con los principales elementos de su compañía, que de ninguna manera están a la altura que deben.

R. B. C.

"Los duendes de Sevilla", por don Serafín y don Joaquín Álvarez Quintero.

En el escenario de Lara, con el nombre de "Los duendes de Sevilla" y la firma de los hermanos Quintero, pasa lo siguiente: Un arquitecto madrileño llega a Sevilla, a estudiar la arquitectura sevillana, por encargo de un español rico de Chile, que le ha encargado una casa de estilo sevillano. Naturalmente, el español de Chile no le ha encargado la casa así como así, como encarga una casa cualquier mortal adinerado y caprichoso, sino en nombre de una serie de estupideces retóricas que el arquitecto pronuncia en un instante del segundo acto. En sus paseos por Sevilla, el arquitecto se introduce en un patio, es decir, en la morada de una familia honesta, en cuyo patio se encuentra con la inevitable pugna verbal entre el joven castizo y el viejo culto, ambos entretenidos en cantar de distintos modos los excelencias de Sevilla. En este patio encuentra a una dama comprometida románticamente en una

vieja historia de amor—el novio aviador muerto en sus brazos y motivo en su agonia de un juramento de clausura monacal—, y, claro es, se enamora de ella. Luego se la encuentra otra vez en el segundo acto, y vuelven a enredarse en una charla retórica sobre el cielo, la luz, los duendes, etcétera, de Sevilla, para terminar con una

de esas declaraciones de amor en las cuales él le dice invariablemente: "¿No ves cómo tiemblan las palabras en mis labios? ¿No ves cómo brillan en mis ojos las ansias de mi corazón?" Ella se estremece, desde luego, y escapa estremecida por las puertas del convento. Después, en el tercer acto, él, desesperado de no encontrar-



Profesión de fe: 100 por 100.

Creo en el cine sonoro, entre otras razones, porque tenga una fe supersticiosa en ese pequeño aparato que se llama micrófono. Para mí, en cierto orden, el micrófono tiene en nuestra época tanta importancia como el motor. Desde luego, es invencible. Por mucho que se le combata en nombre de un oído exquisito, él triunfará. Triunfa en la radio, en la telefonía, en la fonografía, en el cine. El micrófono es—actualmente—uno de esos tabús de la ciencia ante cuyo imperio no cabe sino rendirse.

Es inútil la protesta, el reproche, la disconformidad de las individualidades—de los espíritus puros: de los burgueses—; el micrófono representa la voz común, universal, dispersa, única, del mundo nuevo de las masas. Es inútil oponerse: nos arrastraría, nos vencería. Es inútil detenerle: saltaría sobre nosotros, sobre nuestros reparos de señoritas con oído de afinadores. Es inútil, es inútil. El es lo nuevo, lo natiente, lo joven; es la fuerza en sí, el derecho en sí. Es inútil oponer a esta imperiosidad de la naturaleza, a esta razón de la vida, de la historia, unas débiles razones profesionales, intelectuales.

Hace unos años, cuando aun no estaba definida nuestra época, los hombres antiguos, nuestros padres antiguos, recibieron la aparición artística del micrófono con ironía, con desprecio. Las iras graciosas contra el fonógrafo fueron la demostración de que no sabían comprender, que no podían comprender el espíritu nuevo—*Vesprit nouveau*—que se avecinaba. Acostumbrados a la romanza, a la afinación del piano, a la exquisitez del violín, no podían tolerar la cosa envolvente, dura, dinámica, que ya traía—en estado inicial—el primer fonógrafo. Pero perdieron. Perdieron todas las apuestas, como siempre pierden los viejos las apuestas que hacen con los jóvenes. El micrófono fue perfeccionándose, extendiéndose, apoderándose del enemigo. He aquí que hoy, después de quince años, el micrófono está—triunfante, invencible—en todas las casas, en las calles, en los cafés, en las tiendas, en los cines. En las ciudades y en los pueblos. Aquí y allí. En este país y en todos. En este lado y en los otros.

Tengo tanta fe en él, tanta superstición por él, que le sigo, que le vengo siguiendo desde hace años en sus peripecias, con devoción, con respeto. Y a través de esta carrera persecutoria he aprendido, por lo menos, una lección para mi norma: que el micrófono triunfa siempre, domina siempre.

Teniendo estas regularidades, ¿cómo no iba yo a ser—no de ahora, ya casi triunfante, sino desde el primer día—un defensor del cine sonoro, siendo el micrófono su corazón, su razón de existir? Comprendo los inconvenientes que oponen los enemigos. Acaso los admita. Acaso yo oponga también otros. Pero tengo mi fe en ese aparato pequeño, infalible, mágico que se llama micrófono, que ha triunfado antes, que triunfa ahora, que triunfará definitivamente mañana. Tengo mi fe, y contra ella no caben razones, palabras.

Creo en el cine sonoro como creo en el motor, como creo en la mecánica, como

creo en la evolución, como creo en el espíritu nuevo del mundo.

"El desfile del amor."

El cine sonoro está conquistando las posiciones más inmediatas, y, por lo mismo, más fáciles: la opereta, la revista, los varietés. Comprendo la indignación—y la vuelta a lo antiguo—del hombre que detesta la música, porque hasta ahora el cine sonoro está salvándose por la música, agarrándose a ella, como un naufrago, por lo que tiene de universal, de cautivadora, de captadora. Dejemos pasar el tiempo. El cine sonoro conquistará también, por otros medios, a los hombres que les molesta la música, el ruido.

"El desfile del amor"—película que se exhibe en el cine Callao—tiene la ventaja de no prestarse a confusiones, a decepciones. Concretamente: es una opereta. Y los enemigos circunstanciales, los enemigos golpeados en su comodidad de espectadores de cine mudo, dirán con regocijo: "Naturalmente. Ahí lo tiene usted. Una opereta. Bien. Pero eso no es cine." Sin entrar hoy en el fondo del problema, creo que es cine todo lo que resulta de la fotografía animada, bien sea la adaptación de un folletín—como se hacía en el cine mudo—, o bien sea la adaptación de una opereta—como hace el cine sonoro—. La confusión la traen los clasificadores, los ordenaristas, los que creen en la unilateralidad, en la inalterable dirección de un camino. Y el cine—acaso por joven, o tal vez porque sea su característica—es todo lo contrario: diverso, impuro, cambiante, impreciso. Por esta naturaleza, por esta característica de movilidad, desconcierta a las personas impacientes que quisieran que el cine fuese ya una cosa clásica, definida, determinada, inmóvil.

"El desfile del amor" es una opereta como las antiguas operetas que se representaban en los teatros. Al ser trasladada al cinematógrafo gana en muchos aspectos. Pierde en otros. Gana, en primer lugar, en representación: nunca se habrá representado, probablemente, una opereta mejor interpretada. Mauricio Chevalier y Jannette Mac Donald, los protagonistas: Lespino Lane y Lillian Roth, la pareja de ballet rusos; las segundas partes, los coros, realizan una labor perfecta, que nunca podrá haber sido igualada, ni aun en los mejores tiempos vieneses del predominio de la opereta.

Además, todos los infinitos recursos cinematográficos—manejados hábilmente por Lubitsch—han hecho posible que la opereta resulte con cierta virginidad de detalles, antes conseguidos. La movilidad del cine permite ver la ópera en todos sus aspectos, en contrastes, en diferencias, acusando el humor y la picaresca frivolidad del género.

Sin embargo, y a pesar de la sonoridad, la opereta pierde en alegría, en vivacidad, en fuerza plástica. La música misma es bastante inferior a la de las operetas clásicas de Strauss y de Leo Fall, y el ruido orquestal que sale por los altavoces todavía es bastante imperfecto, sobre todo, tratándose de las melodías dulzonas de una opereta.

CESAR M. ARCONADA

la en ninguna parte, se refugia una noche en la soledad, iluminada por la luna, de un rincón sevillano, y allí se encuentra otra vez al amigo castizo, allí se regala con una ración de pescado frito, allí ve el desfile de los amantes callejeros de Sevilla, y, por último, allí mismo, en la única casa del rincón, se la encuentra al fin a ella, ocupada en alternarse con una hermana de la Caridad para cuidar a un pintor enfermo. Allí vuelve a tocarse el disco de las bellezas imponderables de Sevilla, y él torna a darle cuenta a la damnificada de sus insomnios, de sus amores irresistibles, etcétera, y ella le repite lo de egoísta, y, al final, discutiendo con él, ve de pronto los ojos del muerto y huye llena de pavor. Pero la voz misteriosa de los duendes le anuncian a él que ella, aunque diga lo contrario, ya está colada, y que él no debe hacer sino esperar. Por último, para bajar definitivamente la cortina, el elogio del cante—con cante interior—y el chiste de bronce.

Toda esta farsa ridícula se hace para cantar a Sevilla y para colocarle una vez más a la bondadosa e inofensiva clientela de Lara el disco del cielo, de la luz, de la gracia, de las flores, de la Giralda, del Alcázar, de los rincones, del cante y los toros, del amor y la muerte. Aquí no tenemos muchas noticias biográficas de los hermanos Quintero. Pero acaso antes de cobrar opíparamente comedias de undécima categoría, estos señores, oriundos de Sevilla, habrán tenido oportunidades de rozarse con los dolores, las miserias, las esperanzas, las alegrías y los conflictos verdaderos del pueblo sevillano. Si ha sido así, en vez de continuar explotando la estulticia y la despreocupación de las gentes, lo menos que podían hacer, en ejercicio de su misión literaria, era transcribirnos las vibraciones exactas, más o menos profundas, según su capacidad literaria, del espíritu de Sevilla.

Aquí no podemos mirar sino con indignación estas desviaciones grotescas, aunque no gratuitas, de los hombres más obligados a exponerles a los demás la vida profunda de su pueblo. Por mucho que la adulación desenfrenada halague a las gentes de poco seso, ningún sevillano consciente y con alguna finura espiritual puede sentirse halagado por el insensato ditirambo de "Los duendes de Sevilla". Sevilla vale mucho más que esa ridícula palabrería de tercera mano. Lo lamentable es que una ciudad tan bella y tan profunda se convierta, por habilidad de sus propios hijos, en tema de insensateces teatrales. En este caso, el ultraje no es sólo a Sevilla, sino también a los arquitectos madrileños. Porque todavía no hemos encontrado en Madrid a un arquitecto tan cursi, necio y ridículo como el arquitecto de la comedia de los señores Quintero.

El público se ha acostumbrado a mirar con un poco de indiferencia toda clase de despropósitos teatrales. Muchas personas inteligentes, que no tolerarían sin protesta un discurso, un libro o un artículo de los bajos valores de la última comedia de los señores Quintero, se contentan con sonreír y exclamar a la salida del teatro: "¡Qué malo es esto!" Pero aquí hay un error de tolerancia muy grave para la cultura nacional. Cuando un escritor tiene la categoría de los hermanos Quintero, sus producciones influyen, aunque no sea sino por la inercia mental de la mayoría de las gentes, en el espíritu público. Aparte su detestable manera literaria—objeción técnica—, en la cual no queremos detenernos demasiado, su intención se dirige a perpetuar el tópico de la Sevilla de pandereta.

De estos tópicos, de este patriotismo irreflexivo y mendaz es de donde salió hace seis años el impulso brutal de la Dictadura. Todos los antecedentes literarios del manifiesto del 13 de septiembre están en esta de literatura, si a esto puede llamarse literatura. En esa baja literatura de la pandereta andaluza, del optimismo de señorito, mientras el gran pueblo andaluz sobrelleva a través de la historia el caudaloso volumen de su vida, tan llena de bellezas y de tragedias.

Para interpretar una comedia como "Los duendes de Sevilla" no hace falta ninguna aptitud artística. Sin embargo, la señora Carmen Díaz tiene instantes muy felices—los menos malos desde el punto de vista literario—. El actor encargado del papel del arquitecto procura, y lo consigue, ponerse al nivel del tipo inventado por los señores Quintero, es decir, detestable. Los demás intérpretes de la obra salen del trance como Dios les da a entender. Alguno, como el encargado de representar al guardia, no es de los peores.

Ahora es preciso lavarse las manos.

TIRSO

SUSCRIBASE A NOSOTROS

Todo el que se suscriba a "NOSOTROS" por un año, tendrá derecho a pedir a la Central de Ediciones y Publicaciones libros nacionales y extranjeros, con un descuento excepcional del 10 por 100. Envíe una postal y se le enviarán a reembolso los libros que —::— desee. —::—

LIBROS DE LA C. E. P.

Dentro de unos días se inaugurarán los elegantes salones de la librería de la Central de Ediciones y Publicaciones. En esta librería encontrará usted las mejores obras y se le proporcionarán todos los libros españoles o extranjeros que desee. Salón para señoras. Divanes para descansar, charlar, —::— leer. —::—

C. E. P. MARQUES DE CUBAS, 9

Apartado 149 - MADRID - Teléfono 11591

Editorial JASON

COLECCION DE HOMBRES E IDEAS

GREGORIO ZINOVIEF

PRESENTE Y FUTURO (Palabras de un hombre de Estado.) Traducción del ruso de N. TASIN. (4 pesetas.)

KARL MARX

EL PENSADOR Y EL REVOLUCIONARIO. (4 pesetas.)

WALTER RATHENAU

CRITICA DE LA EPOCA. Traducción del alemán de PEREZ BANCES. (5 pesetas.)

JOHN REED

CÓMO ASALTARON EL PODER LOS BOLCHEVIQUES. (Diez días que conmovieron al mundo.) (5 pesetas.)

GIUSEPPE RENSI (de la Real Universidad de Génova).

LA FILOSOFIA DE LA AUTORIDAD. Traducción de CIPRIANO RIVAS CHERIF (5 pesetas)

SALVADOR CANOVAS CERVANTES

PUGNA ENTRE DOS PODERES. (Soberanía Nacional y Monarquía absoluta.) Con el texto íntegro de todas las Constituciones que han regido en España y sus múltiples vicisitudes. (5 pesetas.) En todas las librerías.

POLITICA

REVISTA MENSUAL DE
DOCTRINA Y CRITICA

Director fundador: José Mingarro y San Martín

Apartado 9.068 Teléfono 52.535 Redacción: Alcalá, 145
Administrador: Bernabé Echevarría

Precios de suscripción { Semestral. 8 pts. { Suscripción anual, 20 pts.
para España y Portugal. { Anual..... 15 — { Extranjero { Precio del ejemplar, 2 pts.

Precio del ejemplar, 1,50

EDICIONES ULISES

MADRID

¡UN LIBRO EXCEPCIONAL!

CRISTOBAL COLON

O

EL QUIJOTE DEL OCEANO

por

JAKOB WASSERMANN

Se acaba de publicar este maravilloso libro. La mejor biografía del Gran Navegante. Su vida. Sus luchas. El período inicial de la colonización española en América, tratado sin hipocresías ni concesiones, con una escueta y sincera objetividad.

En todas las librerías a 6 pesetas

Contra reembolso, libre de gastos, servimos este libro remitiéndonos el siguiente cupón:

Ediciones Ulises :: Ayala, 144 -- Madrid

Envíeme CRISTOBAL COLON, por Wassermann

Nombre

Dirección

Localidad

EDICIONES ULISES

MADRID

Se acaban de publicar

LOS ALDEANOS DE PODLIONAIA

por FEDOR RECHETNIKOV

[La novela trágica de los sirgadores rusos

Un volumen 5 pesetas

INFANCIA TERRIBLE

(Les enfants terribles)

por JEAN COCTEAU

La famosa y excepcional novela del más interesante de los escritores franceses contemporáneos

5 pesetas volumen

Dos libros del mayor éxito, del más alto valor literario.

EN TODAS LAS BUENAS LIBRERIAS

[Contra reembolso libre de gastos, servimos estos libros remitiéndonos el siguiente cupón:

Ediciones Ulises :: Ayala, 144 -- Madrid

Envíenme a reembolso

Título

Título

Nombre

Dirección

Localidad

NOSOTROS

SEMANARIO POLITICO DE 'HISTORIA-NUEVA'

Dirección y Administración:
MARQUES DE CUBAS, 9
Apartado 149. Teléf. 11.591.
MADRID

Circulación y venta:
LARRA, 6 :-: MADRID
Apartado 4.003. Tel. 41.105.

EL DISLOQUE

En la información política de *La Libertad* del domingo último se da la siguiente nota:

“—Es que a las conferencias del Ateneo no sólo asisten sus socios, sino también gente de la calle, que ocupa la tribuna pública—indicó otro periodista.” Es decir: se lo indicó al ministro de la Gobernación.

¿Qué significa esta frase? ¿El informe de un policía supernumerario o la estupidez de un majadero? De todos modos, es intolerable.

Esquema de una definición.
Con la Dictadura: la Telefónica.
Con la República: la mitad del partido.

Con la Monarquía: la otra mitad.
Resumen: nuestros deberes están en todas partes.

¿Cuál es la eficacia del Patronato del Turismo? Resolverle a unos cuantos el problema de la subsistencia.

¡Sanjóniz! Esto sangra.

Si don Melquiades Alvarez fuese al Gobierno, ¿se incluiría en el proceso de responsabilidades de los hombres de la Dictadura el magnífico negocio de la Telefónica?

Sería, naturalmente, lo más indicado. Porque nadie conoce tan bien la intimidad de este negocio como don Melquiades.

Contemos con los dedos:
Bugallal, uno.
Cierva, dos.
Lema, tres.
Eza, cuatro.
Goicoechea, medio.
Para comenzar, basta con el experto funcionario de Burgos.

Hemos oído la siguiente frase:
—Goicoechea acciona con las cadenas.

Tema para adicionar el proceso de las responsabilidades:

¿Cuánto ha ganado durante los seis años, cuatro meses y trece días de la Dictadura el activo hombre de negocios y experto navegante don Juan Marchs?

Se espera una reforma de enseñanza. Parece que esta vez será de Tormo... y lormo.

En la cuestión del despido de las señoritas del Metro hay un detalle: ¿Con qué propósitos, aparte de las conveniencias del servicio, no quieren los directores sino chicas solteras? La exigencia de soltería, además de

un abuso, es una injuria, y, de paso, un sabotaje a los mandamientos de la Iglesia.

Urgente.—Berlín, 3 tarde.—Aunque parezca increíble, plan Callejo no es conocido en centros culturales alemanes. Tal síntoma decadencia científica germánica es causa nivelación presupuestaria, según ex ministro español Calvo Sotelo, actualmente turista berlinés.

En el próximo acto de afirmación monárquica habrá un interesante diálogo entre García Prieto y su famoso busto de alegoría cívica. ¿Por fin ha encontrado el marqués a quien colocar su segunda voz?

¿El libro más caro del mundo?
El Estatuto municipal, que nos costó sufrir a Calvo Sotelo en la cartera de Hacienda.

He aquí un acróstico:
A B C: Anido, Bugallal, Cambó.

Se anuncia un libro con este título:
“El manual del perfecto abogado del

Estado”. Memorias de un joven que ha satisfecho sus aspiraciones.

¿Cómo debe decirse? ¿La Chelito es la Goicoechea de las tonadillas, o Goicoechea es la Chelito de la política?

Nos aseguran que Yanguas está aprovechando los tres meses de permiso que disfruta en su cátedra, para pensar la fórmula protocolaria de su separación de la Universidad.

“Ritornello”: Ciudadano, quítate. Galo Ponte.

De las memorias inéditas de un ayuda de cámara:

“Desde el día que tomé posesión de la cartera de Hacienda, mi señorito no cesaba de tararear aquel tango, entonces tan en boga:

“Lo que hace falta
es empacar
mucho moneda.”

Cuando el golpe de Estado, Cambó buscaba caballerías para ir al

desierto. Ahora busca albardas que le llevarán a la Thebaida.

“Ser o no ser.” Alusión a don Melquiades.

Napoleón.
Soberano.
Tres copas.
No asustarse, no es alusión.

Brandy, mucho brandy. Ahora, sí.

A los que invocan las “Responsa prudentium” hay que oponerles las “Responsabilidades”.

Del lobo, un pelo.
De La Cierva, ¡ni la calva!

¿Qué jocundo cinismo el de Aunós, ministro de un régimen ajuridico, creando su petulante derecho corporativo!

Sin embargo, algunos liberales decían que era un régimen sano. Un régimen de dietas.

DIANA Artes Gráficas - Larra, 6 - Madrid



—¡Ah, padre; la carne también es frágil!